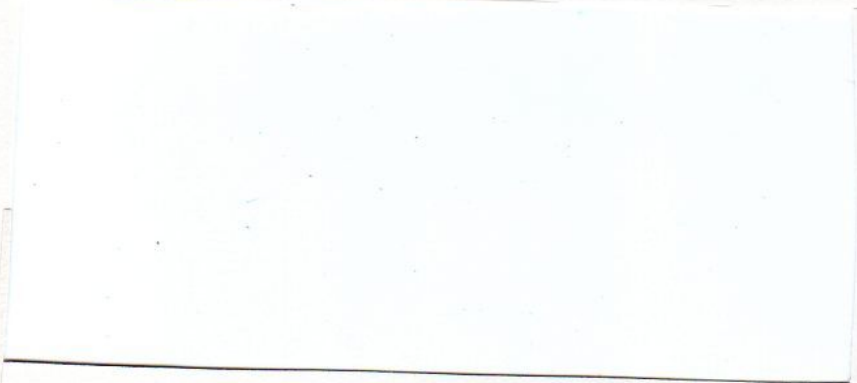


CUENTOS SUBURBANOS



EDITORIAL
LA CASA DE LOS CRISTALES

I
A

© 1990, Roberto A. Forte
© 1990, Editorial LA CASA DE LOS CRISTALES

ISBN 950-43-2996-1

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en la República Argentina - Printed in Argentine

Esta edición se terminó de imprimir en
Gráfica Dalia
Virrey Arredondo 3444 - Buenos Aires - Argentina
en el mes de julio de 1990

A Rita y a Joaquín, quienes fueron los primeros en leer estos relatos.

A mis hijos Silvana y Marcos.

A Mario con quien de chicos "fabricábamos estrellas".

*A los habitantes de mi ciudad que siempre me han estimulado
en este oficio de escribir cuentos.*

PROLOGO

Estimado lector:

Cuando mi amigo Roberto Forte, hace pocos días, me pidió que escribiera algunas palabras para prologar su conjunto de "Cuentos Suburbanos", a la agradable sorpresa de la distinción que tal solicitud significaba, siguió una placentera sensación de orgullo y vanidad al creer que el autor me estaba reconociendo algún mérito especial. Pero inmediatamente me aclaró que, en este caso, así como también fuera cuando eligiera a Adolfo Rocha Campos para que presentara su obra anterior, había respondido a una decisión adoptada con anterioridad, por la razón de que ambos habíamos influido en su personalidad con cosas que habíamos hecho, opiniones que vertiéramos, o pensamientos expresados en otras épocas. En mi caso especial, durante las veladas de un pretérito Cine Club.

Con esta aclaración desarmó mi inflada autoestimación y me llevó a que pensara qué podría haber hecho o dicho tan valioso para influirle de forma que justificara su recordación. Pero también puso en mis manos un cartapacio conteniendo una serie de hojas dactilografiadas, bastante ordenadas, que se me empezaron a ofrecer tentadoras. Presumía que encontraría gozo con ellas.

Pudo más la tentación y me zambullí en las aguas de la lectura sin haber respondido la incógnita anterior. Apenas inmerso en los primeros apretados renglones de "El cazador de pájaros" por su adelantada preñez de sensaciones, obtuve la respuesta a mi preocupación. No era que yo hubiera hecho o dicho algo demasiado importante, sino que había sido

escuchado por alguien, en este caso Roberto, poseedor de una sensibilidad tan exquisita, que era capaz de encontrar el sentido profundo de las cosas simples de la vida cotidiana.

Ese es para mí el primer mérito de su prosa: su continuado descubrimiento de la belleza de vivir en su periodística y romántica lectura de la realidad. Pero además, —(o tal vez es causado por ello)— el autor trasunta un sereno equilibrio existencial en el que ya han encontrado respuestas certeras las dudas metafísicas que generalmente angustian la razón de las personas comprometidas. Por ello esa juvenil alegría, que coloca al narrador de sus relatos, generalmente con la calidez propia de quien se asoma a un mundo complejo de pasiones y tristezas, pero que no le han de influir porque las otea desde la fortaleza de sus firmes convicciones.

Su conjunto de cuentos está sabiamente agrupado, ya que si bien se refieren a distintos personajes de una misma ciudad imaginaria en una época también de inventiva, el lugar y el tiempo que son comunes, puede servir de suficiente hilván para engarzarlos como cuentas de un mismo collar.

Los cuentos de Roberto Forte destacan las virtudes morales y se enrolan dentro de una postura optimista frente a las contingencias de la vida. Es positivo el semi-idiota que caza pájaros pero no los vende porque ellos le dan vida “de primavera en primavera”, en cuyo pecho el autor supo escuchar “un suave batir de alas que se apagaba quedamente mientras las últimas tijeretas... se perdían entre los árboles, buscando que el azul del horizonte les recordara sus nidos”.

Es realista el relato del joven vigoroso de “El susurro en la muchedumbre”, quien luego de discapacitarse como consecuencia de un accidente debido al uso de auriculares que le permitían alejarse más de la realidad, introspectándose en la contemplación de su propio ego, mientras zigzagueaba su moto en medio del alocado tránsito ciudadano, culmina por aceptar el valor de la solidaridad caritativa de la humanidad y la comodidad segura de su propia casa.

Remarca la resignación, el resero de “Hacia la retaguardia” que “empezó a morir lentamente... pero decidido, como el paso que precede al trote”, cuando el médico le diagnosticara: “Se terminó el trabajo a caballo para usted. Con sus sesenta y cinco años y una operación de próstata

debe jubilarse ya". Pero también la esperanza de unirse a "aquel hijo suyo muerto muy chico, cuando la escarlatina le escaldara de fiebre" por el que "solía tontear, lagrimeando algo" durante la noche, antes que los primeros reflejos le indicaran la hora de levantarse para comenzar el trabajo" rutina hecha a galope corto y a pechadas con el caballo, que sabía tanto del oficio como ellos, sin espantarse nunca, en una mezcla de insensibilidad y de sadismo, cuando alguna vaca mañera y aspuda, a fuerza de negarse a obedecer voces y encerronas, caía en el barro chirle de estiércol".

Nos presenta la serenidad frente a la vejez, prólogo de la muerte, del personaje de "Las aguas quietas" que luego de haber estado solo por más de veinte años "había comprobado que la soledad llega a ser buena compañera de los viejos, cuando los amigos dejan de ser importantes, cuando los temas conocidos se han acabado, cuando las cosas corrientes terminan de ser comprensibles y el cerebro está demasiado agotado para lanzar nuevas ideas".

Describe concisamente al miedo como "náusea que aletea en el estómago" y pondera la admiración de los menores hacia los mayores, mientras "imaginando cientos de situaciones de aventura y suspenso" ponderan sus músculos y sus avezados conocimientos para superar inconvenientes como "las tareas marinas ejecutadas con la misma seguridad que los viejos marinos griegos" que desempeñara el primo mayor del personaje de la excursión de pesca mar adentro, relatada en "Todavía en el verano", quien a su vez, la podría repetir en su escuela, "bajo el título rimbombante de "una experiencia inolvidable".

Tampoco faltan en los cuentos de Forte arquetipos del suburbio. Así están los bolicheros Adelio y Blas Cuadras quienes "Entre copas y sombras" consolidaron un dúo en el que ninguno podía ser reemplazado por más que la hermana Doña Euclides se esforzara en hacerlo, de forma tal que aún luego de la muerte física de Blas, Adelio "casi pudo escuchar a sus espaldas cómo (éste) volcaba maníes en un pequeño plato" y "entonces con la convicción y seguridad de su oficio, tomó una botella de ginebra y una jarrita de agua y se dirigió a la mesa para servir" a un parroquiano anticipado que le hizo saber que tendría la clientela asegurada en un nuevo negocio que reiniciara sobre las ruinas del que fuera el pa-

trimonio fraternal. Porque llevaba el comercio en la sangre y el espíritu de servicio en los tuétanos.

Y el viejo maestro enfermo, ejerciendo su sagrado magisterio hasta el límite de la alucinación de confundir los alumnos con sus compañeros de estudios que figuraban en el álbum fotográfico donde "viejas imágenes aparecieron, trazando directrices en el tiempo", con quienes otrora "sentados en estrecha vecindad, había tejido proyectos, hilando entre sueños y juegos". Educador que se convirtiera en un profesor respetado por su mesura y moderación, en base a las siguientes "viejas tácticas no inventadas por él que nunca debían ser olvidadas: "no juzgar sin pruebas suficientes, atenuar el egoísmo y olvidar faltas menores, proponer dificultades de aprendizaje, pero siempre proporcionales a las posibilidades de los alumnos". (De "Sólo un paso al costado").

La colección concluye con dos cuentos que, desde que los leyera por primera vez, me parecieron dos pequeñas obras de arte. El autor, con picardía, los ha dejado últimos, para darnos, al final, un postrer romántico golpe de gracia. De los dos me gustó más "Memoria de campo y de sol". Quizás por eso quise comentar a éste antes que al otro. Pero me parece una irreverencia cualquier cosa que se pretenda decir a su respecto. Sólo cabe el silencio respetuoso frente a la contemplación de la belleza sublimada.

Para cada uno de estos últimos cuentos: un lugar en el corazón de los lectores, que seguramente quedará abollado por la infinita ternura del relato y mucha memoria para la canción de cuna:

*"gringuito de ojos azules,
que siembras al viento mentas
de montañas de locura
y tierras de sombras lentas".*

Con esta rápida mención concluyo y con el deseo de que disfrute de la lectura, como yo me solazara en su momento; comienzo a descorrer el telón que aún le separa del terreno de la ficción aprehendida por una fina sensibilidad que sabe decir.

Por último, una recomendación que creo valiosa: estos cuentos son de muy fácil lectura. Tientan a atiborrarse de

ellos en una ingesta golosa. Le recomiendo que no lo haga, pues aunque parecen livianos entremeses poseen la consistencia de las comidas que satisfacen, alimentan y tienen suficiente condimentación. Le aconsejo que los absorba de a uno. Con método. Quizás como a las medicinas. Periódicamente, uno por día.

Dr. Horacio Julio Aramburu

Presidente de S.A.D.E.
(Sociedad Argentina de Escritores)
Filial Olavarría - Buenos Aires

Olavarría, setiembre de 1989



ENTRE COPAS Y SOMBRAS

Los hermanos Adelio y Blas Cuadreras habían alquilado desde casi siempre el almacén de la esquina, es decir, habían sido sus locatarios desde que alcanzaba la memoria de los vecinos más viejos del barrio.

El edificio era de ladrillos, preparado algunas veces para el revoque que nunca había llegado.

Por sobre el dintel de la puerta principal sobresalían, aún, restos de molduras destinadas a darle al frente el toque señorial de las casas de principio de siglo. Pero nada de eso había sucedido. Con el transcurrir de los años, cada vez más difíciles, el salón del frente había quedado desvinculado del resto de la propiedad, que agrupaba caprichosamente habitaciones al frente de la calle lateral y al fondo. En el centro quedaba un enorme espacio, que bien podía ser patio, pero que el uso le había deparado los más variados destinos y había sido alternativamente gallinero, quinta de hortalizas o de zapallos de Angola, potrero para dejar mañado algún caballo arisco, que se negaba a continuar con un reparto lechero, o simplemente lugar de correrías de los chicos del barrio.

Ambos hermanos habían noviado jóvenes o frecuentado, en casas de tolerancia, a mujeres que eran más confidentes que prostitutas, pero nunca se habían casado y ya en la madurez de sus vidas, las urgencias sexuales habían menguado tanto, que bien podían diluirse entre copas de vino blanco, o ginebra endulzada con chorros de cubana, en boliches del Pueblo Nuevo o en bodegones cercanos a la Estación del Ferrocarril.

La soledad de ambos, los había unido tanto, que nadie recordaba la mínima rencilla o discusión entre ambos alguna vez.

Existían también una media hermana casi olvidada y un hermano, que se había apartado tempranamente y casi no se veía, pues este tercer varón había deambulado primero como carrero y después como transportista, con un destartado camión, por polvorientos caminos de provincia, apartados de las rutas pavimentadas.

Así pues, Adelio y Blas llevaban una vida apacible. Atendían de lunes a sábado el almacén, almorzaban frugalmente alguna

fritanga o un churrasco, rociados con vino tinto y luego dormían un rato de siesta. Los domingos abrían invariablemente una o dos horas por la mañana, para atender a vecinas olvidadizas que debían salir de algún apuro, en la preparación del almuerzo después de la misa.

El almacén vendía de todo, comestibles enlatados, envasados y al menudeo. Fiambres baratos, artículos de limpieza, carbón y querosén. Bebidas alcohólicas y refrescos, algunos cosméticos de ocasión y artículos varios, a los cuales se podía recurrir por las más diversas necesidades: desde una aspirina para un dolor de cabeza, hasta una puntilla para un vestido de comunión.

El salón tenía el piso de madera pinotea, con puerta trampa para bajar al sótano, donde se almacenaban bolsas de trigo, carbón, cajones de bebidas y también ratones. Las paredes tenían estanterías hasta el techo, donde se distribuía la mercadería. La más cara en los estantes superiores, demostrando que el barrio era lo suficientemente pobre como para no exigir de los almaceneros, demasiadas subidas o bajadas por una delgada escalera de madera.

El mostrador era sólido, dispuesto a aguantar el peso de lo que se colocara encima: cajas de productos, la balanza de dos platillos con sus pesas. Una rechinante cortadora de fiambre y un anaquel-vitrina con golosinas, que era atacado implacablemente por los chicos.

Porque el barrio tenía abundante población joven e infantil y cuando la Escuela N° 16 se trasladó al nuevo edificio modelo y orgullo de la provincia, a sólo media cuadra del almacén, la clientela de gente menuda se amplió a tal punto que se debió redoblar las existencias de dulces y caramelos e incorporar útiles escolares.

El paso de los años trajo mayores apremios económicos. Las crisis cíclicas de los países industrializados, parecían enquistarse definitivamente en los países de latinoamérica y el pueblo sufría doblemente entre privaciones, medidas de austeridad y promesas incumplidas.

El alumbrado público se redujo a focos de escasa potencia, que amarilleaban sombras en las esquinas y el almacén, en las noches de verano, abría sus ventanas para iluminar un trozo más de calle con su luz blanca de tubo fluorescente, que era aprovechada para las charlas de mayores o juegos de niños.

Los sábados por la noche y algunos domingos, Adelio y Blas concurrían a algún boliche de los situados en la oscuridad de las calles del otro lado del arroyo. Calles acolchadas por el polvo fino que solía levantarse con el viento y pegarse a la piel. Tales establecimientos eran en realidad casonas de techos altos, donde habían sido derribados tabiques interiores y transformados así los cuartos en salones, donde se esparcían sillas y mesas sin ningún orden.

En esos ámbitos se jugaba a los naipes, a la perinola, se bebía mucho: caña, ajeno, anís o vino y se escuchaban guitarristas o mandolineros, los cuales desgranaban zambas y algunos aires sureños.

Así transcurrían las horas hasta que los clientes comenzaban a ser invadidos por el sopor, producto del alcohol, el humo de los cigarrillos negros o simplemente el sueño. Entonces, ya casi de madrugada, ambos hermanos retornaban a sus moradas entre hilachas de bruma que se levantaban desde los cicutales de los baldíos y escuchando el ladrido de los perros vagabundos.

Ya en su casa se acostaban semivestidos para no enfriarse demasiado, confundiendo el sueño con el letargo de las copas, hasta que avanzada la mañana se sacudían la resaca agria de la bebida con el matear amargo junto a un calentador maloliente y ruidoso.

El almuerzo dominguero no sería tampoco variado; a veces solían atosigarse con fideos hervidos, embadurnados con salsa de tomate y pimientos calentados directamente en la lata que los envasaba. Luego les esperaba una siesta pesada y algún partido de bochas, donde solían jugarse, también, algunos pesos.

Y fue quizás en una de esas mañanas frías, mientras el aliento dejaba vapores turbios en la atmósfera del Pueblo Nuevo, cuando fue concebida la idea. Probablemente no provino de ninguno de los hermanos, tal vez algún compañero de mostrador y de tragos nocturnos la dejó entrever. Pero si careció de importancia el origen, hubo cierta clarividencia y mucha practicidad en la decisión de emparentar todas las relaciones de ese hosco y a la vez cálido mundillo, surgido entre copas y frecuentado entre sombras, aprovechando conocidos y amistades nacidas de la aprobación que siempre despertaba el certero bochazo y la pericia baqueana de "arrimar", hermanando a un bochín.

La idea desarrollada, implicaba la transformación de una parte del almacén en bar. Con escaso dinero se haría, bastaría un simple tabique de madera para dividir el amplio local, redistribuir las estanterías, achicar algo de espacio al frente del mostrador y adquirir rústicas mesas y sillas para el otro lado de la mampara divisoria.

El proyecto prosperó y tuvo gran acogida entre los parroquianos que antes debían cruzar el arroyo e internarse en calles de tierra, mal iluminadas y pésimamente conservadas. De esta manera se ganaba en cuadras y se estaba más cerca del centro.

Sucedió que la casa ganó en atracción y en pesos. El almacén quedó a cargo casi exclusivo de Blas y el bar en manos de Adelio, quien era el más joven y el más resistente al sueño por las madrugadas.

Así comenzó la nueva actividad, con tanto ímpetu que, en los días hábiles, no había llegado aún la hora de cerrar el almacén, cuando comenzaban a arribar viejos amigos y compañeros

que venían a desplegar su picardía en sostenidos partidos de truco y de mus.

El evento tuvo en el barrio distinta repercusión.

Estaban por ejemplo los hombres que, por múltiples razones, o por dedicar demasiado tiempo a esposas irascibles, habían dejado de frecuentar copas y estaños muchos años atrás. Ellos se sintieron atraídos por la novedad y podían observar, con cierta nostalgia y al pasar, el movimiento que les resultaba familiar.

Y estaban, en contraposición, las mujeres y los hombres que sostenían que ese antro tendría efectos nefastos para sus hijos y para el prestigio del barrio.

Lo cierto fue que, en noches de verano, los vecinos sacaban sillas a las veredas, aún calientes por el sol de la tarde, y podían escuchar, en acordes de guitarra, zambas y milongas o aires del sur que provenían del local de la esquina.

Los chicos tuvieron otro motivo de diversión. Antes se habían conformado con hurtar chokolatines y dulces. Ahora la diversión pasaba por escuchar conversaciones del bar, burlarse de algún ebrio o utilizar, a escondidas, un carruaje o mateo, los cuales los cocheros sedientos ataban descuidadamente a las argollas de hierro, que los cordones de granito de las veredas aún exhibían.

Pero el curso general de los acontecimientos no varió gran cosa con la instalación del bar y salvo alguna discusión, con sillas volcadas y botellas rotas, los vecinos fueron habituándose al desfile invariable de clientes, al canto y a las guitarras por las noches o a las carcajadas que acompañaban a los amistosos insultos de las partidas de barajas y dados.

Sin embargo la calma y la indiferencia tuvieron, de pronto, un vuelco repentino y el Bar y Almacén "Los carreros" fue nuevamente centro de atracción y comidilla de las señoras.

Un hecho de sangre enturbió el buen pasar de los hermanos Cuadreras y conmocionó a todos los consuetudinarios concurrentes. Los acontecimientos derivaron en un muerto y de todas las pesquisas y citaciones efectuadas por la policía, surgieron las pautas para encauzar el sumario policial, que fue caratulado "homicidio culposo en duelo criollo".

El asunto dio mucho que hablar y fue ventilado en la Comisaría primero y en los Tribunales de Azul después, con abundante desfile de testigos, cuyas declaraciones abultaron varios cartapacios y enmarañaron datos y anécdotas, hasta que la realidad se esfumó y quedó confundida por los términos técnicos y el lenguaje legal de los autos judiciales. Sólo fue comentada de vez en cuando por los hermanos, mucho después que el homicida saliera en libertad por circunstancias atenuantes: "Enajenación mental momentánea por ingestión abusiva de alcohol".

El muerto había sido un oscuro italiano arrevesado en su dialecto, mal hablado en el juego de la baraja, pero incapaz de hacer daño a nadie.

Había comenzado a gesticular y a gritar por una flor no mostrada en un truco de punta, cuando recibió el insulto de su contrincante, acompañado de un salivazo.

Mal hablado y gritón como era, no tenía un pelo de zonzo, e inmediatamente supo que tenía dos caminos para responder a la ofensa: se enfrentaba decididamente con el agresor —un alemán del Volga que vivía en la Colonia cercana— o tomaba todo a chanza de subido tono...

Antiguo conocedor de riñas de boliche, decidió elegir la segunda alternativa, así pues, lanzó varias carcajadas, redobló sus andanadas de palabrotas y, para dar más énfasis a su reacción, sacó a relucir un pequeño cortaplumas, el cual abrió y tomó de la hoja, para fingir entre burlas que empuñaba un arma larga.

Pero la broma salió mal, la luz blanquecina del local centelleó en el mango metalizado, mostrado como hoja, y alguien gritó entre el humo y las sillas: — ¡Guarda! tiene un cuchillo...

Y así, como siempre existieron rituales de defensa y ataque, así como se exhiben plumajes que se encrespan y fauces que se abren, el alemán del Volga esgrimió su atavío de pelea: su rostro y su cuello enrojecieron, sus rasgos se endurecieron como esculpidos, mientras que se incorporaba lentamente.

El gringo se percató de su error y quiso corregirlo riendo más y retrocediendo un poco, pero el mecanismo estaba desencadenado ya.

El ruso-alemán había tomado una silla por el respaldo y la estrelló contra el hombro y el brazo del italiano. Luego, aprovechando la sorpresa y el dolor provocado, extrajo una afilada daga calada y atravesó varias veces el abdomen del gringo.

La sorpresa fue total y el silencio se adueñó del salón, mientras gruesas gotas de sangre se filtraban entre las tablas enquero-senadas del piso.

La muerte llegó rápido, sin gemidos y con algunos estertores, y el luto y un amargo regusto se adueñó de los parroquianos.

Los hechos se precipitaron, la batahola fue infernal. Todos comentaban y querían ver, pero cuando llegó la policía, nadie quiso recordar cómo había sido esgrimido el cortaplumas, además el muerto ya no hablaría y la legítima defensa, pasó a ser una figura jurídica.

El sangriento episodio tuvo varias derivaciones: para la economía del boliche, repercutió favorablemente, ya que no transcurría una sola noche sin que aparecieran nuevas caras de hombres dispuestos a pagar una consumición para curiosear el escenario del "duelo" y contemplar la mancha en el piso, la cual había quedado perpetuada pese al mucho restregar con virulana.

Para las comadres del barrio fue, en cambio, el hecho desenca-
denante de un situación de enfrentamiento con los hermanos
Cuadreras. Cierta número de familias se pusieron de acuerdo para
boicotear el almacén, exigir el cierre del bar e incluso que los
hermanos se fueran del vecindario.

Además comenzaron las denuncias anónimas, las cuales provo-
caron, por las noches, la llegada sorpresiva de la policía que pedía
documentos y palpaba de armas a los parroquianos.

En un principio estas visitas sembraron inquietud entre la
clientela nocturna, pero en la medida que pasaron los días, dichas
rondas se transformaron en presencias cada vez más rutinarias,
hasta que llegó el tiempo que los mismos milicos echaban a suerte
la visita, que les aseguraba un rato en la tibieza opaca del bar,
unos sorbos de caña gratuita y hasta algunos tiros apurados a
los dados.

Con la integración de los vigilantes como clientes, renació la
calma y el bar cobró cierta garantía de tranquilidad nocturna,
mezcla de impunidad, coima y auténtica seriedad en el ramo.

El paso del tiempo no pareció dejar huellas en el edificio ni
en las instalaciones, que siempre habían tenido aspecto vetusto,
sólo varió la disposición de algunas mercaderías, al aparecer
nuevos envases de plástico y de polietileno, los cuales desplazaron
al cartón, el papel, el vidrio o el latón. La fachada poco había
cambiado, salvo por la incorporación de algunos carteles colori-
dos que anunciaban nuevos productos de consumo masivo, como
algún aperitivo súper liviano, alguna bebida gaseosa de fama in-
ternacional o cigarrillos largos y rubios.

Nuevas oquedades se veían en los muros, que eran aprove-
chadas por los gorriones grisados, para la construcción de sus nidos
desprolijos y repletos de parásitos.

El cambio manifiesto en el aspecto de la casona estribaba qui-
zás en el portón. Antes solía quedar abierto hasta avanzada la
noche, para permitir el paso de algún caballo y servía para solaz de
los chicos que jugaban a las escondidas entre cajones y bártulos,
pero para esa época fue cerrado definitivamente. Ya casi había
desaparecido la tracción a sangre en los vehículos y el patio,
pasó a ser territorio inviolable, sólo destinado a las gallinas, a bo-
tellas vacías y a desperdicios.

Pero si los bienes y cosas poco habían cambiado, los rostros de
la clientela sí que denunciaban el transcurrir de los años. No tanto
en los más viejos, cuyas arrugas, producto de días de trabajo, sol
y brillazones, se habían marcado tempranamente, sino en la llega-
da de los jóvenes.

El recambio de generaciones obraba y el bar, su mostrador y
sus copas, cobraban nuevos adeptos entre las filas de los mucha-
chones, quienes intentaban adquirir, por contagio o contacto, la

antigua sapiencia de los consejeros o simplemente deseaban trasladar el lugar de reuniones: de la luz mortecina, bajo el foco desvaído de la esquina, a la atmósfera casi tangible de humo de los cigarros, con la calidez de una estufa resoplante o el suave hedor de cuerpos que se relajaban, después de un día de duro oficio o de extenuante actividad.

Por supuesto que la nueva sangre motivó algunas transformaciones, especialmente en la música, que desgranaban las guitarras y la indumentaria: las alpargatas dieron paso a las zapatillas deportivas y las bombachas abullonadas, a los pantalones vaqueros de tela fuerte o de lona.

Fue entonces cuando el almacén y el bar se encontraron mirando el promediar del siglo, con sus artículos —de pampa recostada contra el suburbio— enmoheciéndose en los estantes: papel para armar, tabaco negro, pastillas de goma con sabor a eucalipto... La demanda era ya otra: cigarrillos con filtro, goma de mascar inflable o bebidas gaseosas con nombres ingleses.

Pero nada transformó más el entorno como el pavimento de los barrios periféricos, los cuales rápidamente se convirtieron en residenciales, desplazando con su esquemático trazado de calles, a los últimos caballos destinados a reparto y a los corrales para venta de hacienda, hacia una feria única, según las flamantes regulaciones municipales.

...Y de pronto los chicos del barrio habían dejado de ser chicos.

Los hermanos Cuadreras pudieron detectarlo fácilmente en la ausencia de los hurtos de siempre: ya no faltaban chokolatines o pastillas, pero sí, de vez en cuando, alguna botella de cerveza, que seguramente era bebida en el descampado del parque, cercano al arroyo, donde se pisaba fuerte en picados de fútbol de rompe y raja.

Entonces, los hermanos que habían vivido marginados, que habían transitado en soledad por cantinas y canchas de bochas de barrios suburbanos y luego habían decidido asimilar en su local, el tedio de noches de domingo de tantos otros personajes, que eran sus iguales, resolvieron realizar una apertura hacia el barrio que les había sido muchas veces hostil, y organizar un agasajo-despedida a toda una camada de muchachos, que conocían desde chicos y que se aprestaban a partir para el Servicio Militar.

En esos años los ciudadanos que eran incorporados a las fuerzas armadas, parecían adquirir tácitamente su pasaporte para la vida adulta, pues luego de un año de instrucción, fajina y latrocinio, les esperaba el sueldo siempre desvalorizado de algún empleo, el casamiento y los hijos. Lejos estaban todavía, los días en que los jóvenes soldados podían morir en los mares, las islas y los turbales del sur.

Y el oscuro bodegón, cuyas paredes solían bailar entre las sombras y el sopor de las copas, se vistió de fiesta con nuevas luces fluorescentes, con algunas guirnaldas, con las mesas dispuestas para el festejo, donde aparecieron bocados, que nada tenían en común con los maníes con cáscaras y las aceitunas verdes, que usualmente acompañaban a los aperitivos.

Algunos padres concurren, brindaron con sus hijos y se sorprendieron, cuando los abrazaron, de cuánto habían crecido. Y algunas madres, que vislumbraron por las ventanas, las siluetas de sus niños, tuvieron conciencia —quizás por primera vez— que la vida se los arrebatara de su lado.

Se bebió, se comió, se escucharon los payadores y guitarreros, pero la emoción del grupo prendió cuando uno de los muchachos entregó un ramo de flores al viejo Blas, quien en esos días cumpliría 70 años.

Hubo alguna risa, dos o tres bromas crueles, pero los rostros se ensombrecieron y las lágrimas brillaron cuando don Blas lloró sobre aquel ramo de rosas, pensando quizás en tantos años de soledad, de comida recalentada y de domingos vacíos.

Esa pareció ser la señal de más de una partida. Don Blas comenzó a languidecer, dejó de comer y de sonreír. Atendía el almacén sin ánimo y casi sin fuerzas; al extremo que cuando se disponía a cortar una horma de queso de rallar, pedía ayuda a su hermano. Empezó a padecer dolores de vientre que lo estremecían y copiosas hemorragias.

Todos los muchachos agasajados habían sido incorporados cuando murió.

Adelio sin don Blas se sintió, más que desvalido, inválido. Experimentaba la sensación de estar lisiado o que le faltaba un miembro. Más allá de los sentimientos que podía inspirarle la pérdida de su hermano —“compañero de horas lerdas”— estaba el trajín al que quedó sometido. Se acostaba muy tarde, ya de madrugada, debido a la atención del boliche y luego debía levantarse no más allá de las ocho para abrir el almacén.

Tal ritmo de vida lo agotó rápidamente y comenzó a perder todo interés por la clientela y por las interminables charlas nocturnas, en las que antes participaba, no sólo por cortesía, sino por sincera curiosidad.

Pronto comprendió que debía encontrar una solución a su problema, intentando algún recurso ingenioso.

Y la medida resultó extrema.

Don Adelio, el viejo almacenero misántropo, de tardes somnolientas de verano y de noches apabullantes de tabaco y de alcohol, trajo a su reducto de solterón empedernido, de mateador solitario, una mujer para que lo acompañara. Su media hermana, muchas veces olvidada, y muchas otras despreciada en atisbos machistas de suburbio, naipes y taba.

Pero la medida por extrema que fuera no resultó eficaz. En teoría, doña Euclides, debía atender el almacén y posibilitar el respiro mañanero de Adelio, para que éste lograra llegar, con algún vigor y algo de cordialidad, a las horas de la noche que exigía el bar. Sin embargo aconteció que ella comenzó a entrometerse en asuntos que Adelio nunca había imaginado que podían llegar a preocuparle. Tres veces a la semana, por lo menos, ella decidía que la habitación debía ser ventilada: comenzaba entonces una actividad que encrespaba los nervios de Adelio, barrido de pisos, lavado de vidrios, acondicionamiento de ropas y bártulos. En fin, producía un orden extraño que entorpecía todos sus movimientos e impedía que hallara las cosas o que desconociera viejos trastos, que él había amontonado, sin razón aparente, pero que se habían constituido en su entorno.

La situación hizo crisis cuando una mañana de limpieza, desaparecieron en el tarro de basura recortes y láminas que estaban colgados en la pared.

—Estaban todos negros por las moscas —había querido justificar Euclides—, pero lo cierto fue que recortes periodísticos de torneos de bochas, la lámina de la Masseratti de Fangio, el retrato de Gardel y el almanaque de “Alpargatas” con ilustraciones de Molina Campos no pudieron ser recuperados.

La reacción de Adelio fue inmediata, prefería morir de agotamiento y sueño, antes que aguantar a una vieja con pretensiones, casi a los 70 años.

Así pues, sin mayor enojo, pero firmemente, ayudó a liar las pertenencias de su hermanastra, para sacársela de encima y devolverla al inquilinato, en el cual ella había vivido en los últimos años, conventilleando con comadres y despotricando contra modas que traían faldas muy cortas para las jovencitas y pelo largo para los muchachos.

Adelio se resignó entonces a sus largas vigilias noctámbulas, tras el estaño del bar, sirviendo copas y escuchando comentarios de cuadreras, quiniela y timba; durmiendo muy poco, para luego escuchar durante el día las quejas de las vecinas frente al constante aumento de los precios.

Pero los acontecimientos tomaron otro rumbo, el cansancio no mató a Adelio, ni la modernización del barrio ahogó su actividad. Simplemente todo terminó de la manera más inesperada y menos honorable. La sucesión propietaria del inmueble que perteneciera a una vieja familia de vascos franceses, los Hournou, habían vendido ya hacía mucho tiempo y los actuales propietarios, acosados por intrincados trámites, decidieron también vender.

Las leyes y los juicios obran a veces de manera impensada y el desalojo sobrevino rápidamente, con una eficiencia que quizás surgía del hastío de los abogados que engrosaban folios de un expediente improductivo.

El fallo no había terminado de sorprender a Adelio, cuando ya se encontraba desarmando estanterías y liquidando lotes de mercaderías al mejor postor.

Los parroquianos estaban desolados, pues a su entender —y con razón— opinaban que estaba desapareciendo uno de los últimos boliches suburbanos.

Adelio trató de conformarlos diciendo que él igualmente no hubiese podido seguir atendiendo debido a sus años y que, además, con la indemnización conseguida en el juicio, estaba en condiciones de vivir con desahogo sin tener que seguir trabajando.

Y así, como había nacido de la noche a la mañana, con el alinear de mesas y sillas, el boliche desapareció. Sólo quedaron en el salón con los techos altos, las paredes de colores desvaídos por manchones de humedad, y el piso de pinotea, con el rastro informe de aquella mancha de sangre, mudo testigo del célebre duelo mortal.

El tabique, que había separado el bar del almacén, también fue desarticulado y el espacio creció, difundiendo la escasa luz que entraba por las ventanas altas, al ser retirados también los tubos que habían iluminado horas de naipes, de risas y de conversaciones sobre fútbol, caballos y apuestas.

Los ecos se esfumaron, no más tintineos de copas, no más la voz radial de algún relator de box, en una noche de título mundial desde el Luna, o la letanía de la mandolina del último de los Hournou, encorvado por la tos de miles de cigarrillos negros asimilados en sus pulmones.

Y de pronto... el último postigo se cerró y la luz huyó casi totalmente, quedando sólo débiles líneas trazadas por el sol al filtrarse por las rendijas, iluminando finas moléculas danzantes con el espíritu de cientos de miles de vibraciones. Un extraño latir que se iría apagando lentamente, al irse depositando el polvo en los intersticios, alojando en todas las ranuras y vericuetos el llamado de alguien pidiendo agua para el anís, el agitar de un cubilete de dados o la sonora carcajada de algún carrero cantor.

Cuando Adelio dio las dos vueltas a la cadena y colocó el candado en la puerta lateral, creyó sellar con un seco chasquido todos sus recuerdos, pero al dar los primeros pasos y salir del cono de sombra de aquella esquina, tantas veces transitada, la valija que portaba comenzó a pesar desmesuradamente en su mano, mientras que la garganta se secaba, los ojos le ardían y las piernas parecían negarse a alejarlo del lugar...

No volvió por muchos años, alquiló una modesta casita con amplio terreno en un barrio donde el asfalto no había llegado aún. Atendía sus escasos gastos con los intereses que devengaban unos pesos colocados en hipoteca e inició los trámites para obtener su jubilación.

Pasaba largas horas cultivando hortalizas en el terreno del fondo y por las noches escuchaba informativos radiales y tangos ante el eterno plato de churrasco, fritangas y el vaso de vino tinto.

En sus recorridas hacia el centro, cuando algún quehacer lo demandaba, esquivaba el barrio del antiguo almacén, temeroso que algún vecino lo reconociera y lo llenara de nostalgias. Además, no deseaba ver el espectáculo que podría brindar la posible construcción de un edificio de propiedad horizontal en la vieja esquina.

Sin embargo, un día lluvioso, un ómnibus tomado de apuro lo paseó por el barrio. Quiso desviar la vista, pero la curiosidad lo traicionó... Entonces, tuvo la gran sorpresa: en la esquina no había edificio moderno, tampoco se veían obreros que levantaran paredes, ni herramientas, ni arquitectos, sólo yuyos altos que avanzaban impiadosamente sobre la vereda. Las paredes de ladrillos, que lo habían cobijado, únicamente mostraban años y mientras las puertas y ventanas denotaban violaciones y empellones, un último cartel publicitario se enmohecía mostrando el vaso de un conocido aperitivo americano.

No quiso ver más, escondió su rostro con el antebrazo, mientras que el corazón estrujado le dolía profundamente.

Esa tarde, sentado bajo el plátano de la puerta de la casa, mirando cómo huían las luces del día, tuvo de pronto conciencia que el barrio en que vivía no difería de otros, por la gama de actividades cotidianas que se desarrollaban y en las cuales casi nunca había reparado.

El polaco de la esquina rellenaba la vereda con escombros rústicos, mientras bebía cerveza. A través de la puerta mosquitera de la casa del frente, se perfilaba el chileno cocinando, en su calentador a mechero y querosene, la mezcla de azúcar y cacao que transformarían el maní en garrapiñadas, para ser vendidas en el fútbol del domingo o a la salida del cine. En tanto, los ladrillos carcomidos del corralón ubicado calle abajo, parecían transparentes al escucharse el alboroto de las ponedoras, al ser despojadas de sus huevos por el pollero y su esposa.

Cuando del día ya no quedaba más que un tenue resplandor sobre los álamos temblones del otro lado del arroyo, oyó una guitarra que se afinaba derramando notas. Trató inútilmente de ubicar la procedencia, pero el sonido se desvaneció en el rumor de la noche, donde se alternaban grillos y ranas de la barranca.

Esa noche durmió poco y sobresaltado, adivinando la hora por las sombras que se trasladaban por el cuarto húmedo y caliente.

Se levantó antes que amaneciera, tomó unos mates amargos, cargados de café en la cebadura, manteniendo la vista fija en la pared ennegrecida de la cocina. Se vistió como para un entierro, con el saco oscuro y corbata negra y a las siete salió caminando despacio, procurando no empolvarse demasiado los zapatos domingueros.

A las ocho entró en el cementerio y dirigió sus pasos hacia el nicho de su hermano, comprobando sin sorpresa que ya no sentía la tristeza que siempre lo embargaba cuando recorría ese trayecto. Estuvo así pendiente del aleteo ruidoso de las palomas que anidaban entre los rosetones y molduras.

Un soplo tibio llegó desde los senderos de grava, donde el sol ya calentaba y levantaba un suave perfume de flores mustias. Casi con dolor recordó el parque del barrio viejo, mucho antes que la renovación urbanística descuajara los altos eucaliptus, que extendían sus raíces hasta el arroyo, cobijando el juego de los chicos y las raterías y canalladas de los jóvenes, a quienes el ajeteo de la vida les había arrancado tempranamente la candidez de la adolescencia.

Había oído muchas veces ese aleteo de palomas y el arrullo de los buchones, desde los altos árboles, cuando los domingos solía cruzar el arroyo hacia la cancha de bochas del Pueblo Nuevo o se sentaba a leer el diario en el banco de piedra, junto al puente colgante, allí donde los canteros formaban una curva peligrosa para las carreras de bicicletas de los muchachones.

Cambió el agua de las flores, que aún se mantenían frescas desde el domingo anterior, y con emoción pero sin tristeza lo decidió...

A las diez estaba en la escribanía, para retirar los intereses que siempre dejaba capitalizar y luego se dirigió a la casa de remates de muebles usados.

No almorzó, tomó un café y bebió dos vasos de vino tinto. A las tres de la tarde había desocupado totalmente la habitación del frente, había dividido la cocina en dos ambientes con una cortina, instalando en el lugar más espacioso la cama y el ropero. La vieja cómoda y demás trastos menores, fueron apilados en el galponcito.

A las seis de la tarde habían llegado cinco mesas de madera, algunas sillas de tercera mano, un mostrador heladera reformado y algunas estanterías.

Dos días después había blanqueado el lugar, colocado dos tubos fluorescentes y colgado dos láminas: una de Gardel y otra de Magaldi.

Sobre el anochecer del tercer día resolvió abrir los postigos de la ventana, en cuyos vidrios, él mismo había escrito con cal y grandes letras la palabra BAR. Sabía que, transcurridos algunos días, no importaría demasiado si dicha palabra continuaba o no escrita.

Conectó por fin las luces y las paredes le devolvieron un reflejo levemente azulado, mostrando las mesas dispuestas como los pétalos de una flor. Encendió la radio y recién entonces se percató que era sábado, porque una conocida voz nasal capitalina, relataba cómo dos púgiles —dentro del cuadrado encordado del Luna—

trataban de arrancarse mutuamente un tibio título sudamericano.

Una silueta de hombre se dibujó desde el exterior, tras los vidrios de la ventana. Adelio vio cómo la sombra titubeaba y se detenía. Se oyeron dos pasos ascendiendo los escalones desde la vereda baja y la puerta se abrió tímidamente.

El visitante era canoso, algo agobiado, con manos fuertes de albañil, quizás peón o medio oficial. Tenía la camisa blanca y limpia abierta sobre el pecho y se mostraba acalorado.

Adelio respondió el saludo del hombre, mientras éste se acomodaba en una silla cercana a la radio que anunciaba la inminencia del knock-out.

El hombre observó los cuadros: el morocho engominado sonreía con sus dientes perfectos y con una guitarra en la mano.

Adelio casi pudo escuchar a sus espaldas cómo Blas volcaba maníes en un pequeño plato, entonces, con la convicción y la seguridad de su oficio, tomó una botella de ginebra y una jarrita de agua y se dirigió a la mesa para servir.

El hombre no se sorprendió, años de mostrador le habían enseñado que los pensamientos se transmitían.

—Paga la casa— dijo Adelio sin esperar ningún agradecimiento.

Supo que tenía la clientela asegurada, bastaría que pasaran algunos días, lo demás vendría con el tiempo y él tenía todo el tiempo del mundo.



TODAVIA EL VERANO

Las vacaciones estaban llegando a su fin, prolongándose con días cálidos y húmedos, que no eran aprovechados, sino que se extendían tibiamente entre la holgazanería y la depresión que inspiraban las clases que comenzarían pronto.

La pasión estival por la natación había menguado, entre el tiritar dentro del agua en algunos días brumosos y la desaparición de amigos que buscaban otros entretenimientos más caseros, inducidos quizás por el eterno recomendar de las madres, quienes exigían el repaso de temas escolares dificultosos y siempre confundidos.

Sólo restaba esperar, entre series de televisión y tiras de historietas, que marzo hiciera lo suyo y lo transportara a la rutina de la escuela, a la ropa invernal —que ya se asomaba en las vidrieras de los comercios— y a las preocupaciones que siempre traían los cálculos matemáticos, los madrugones y los deberes escolares por las tardes somnolientas.

Pero de pronto había llegado la invitación. Inesperada, casi refulgente en el tedio de los días vacíos. Una excursión a la playa, a un paraje hermoso y recóndito, ignorado por los turistas. Un paraíso escondido entre pinares y eucaliptus, con mar cálido, apacible, festoneado por rocas que lo hacían prácticamente inaccesible por el camino costero, pero que guardaba entre sus carcomidas y erosionadas oquedades preciosos tesoros: inquietantes erizos de mar, anémonas y crustáceos coloridos, que solían desperezarse al sol con lentos y armoniosos movimientos.

El paseo sería corto, apenas un fin de semana, aprovechado por un primo mayor, que viajaba para cerrar su casa de veraneo hasta la próxima temporada.

—El viaje puede ser aburrido —le habían anticipado su primo y su padre, pero si el buen tiempo se mantenía, quedaba pendiente la promesa de salir a pescar mar adentro en lancha. Una saeta plástica, que inquietaba el estómago de vértigo, cuando el motor entraba a todo régimen.

—Sólo saldremos si el viento sigue del norte y el mar está “planchado” —le habían prevenido. Pero con sus once años de edad no había peligro de desilusión.

Si el clima cambiaba, si el aire del sur encrespaba las olas, siempre quedaban los nidos entre los altos árboles, los escondites entre los tamariscos, los tesoros entre las rocas y el insólito Médano Blanco que podía transportarlo a un paisaje lunar o transformar el escenario de tal forma, que bien podía imaginar ser un sediento explorador del desierto, amenazado por peligrosas tribus árabes, cuyos integrantes lo perseguían por las dunas, mientras a él le quedaban escasas balas en su cinturón y solamente su inteligencia para defenderse.

Además estaba la ruta, que atravesaba toda la zona serrana, y entonces él podía ser alternativamente el copiloto en una carrera temeraria —si viajaba en la cabina de la camioneta— o un astronauta que ingresaba en un nuevo sistema, si le aconsejaban que durmiera un rato atrás, dentro de la cúpula de fibra, con ventanillas pequeñas, las cuales le permitían ver un cielo extraño, con matices iridiscentes de soles binarios o nebulosas gaseosas.

Nada podía perder. Por supuesto que podía llover, pero, con las lluvias apacibles de marzo, igual le permitirían salir. Le prestarían el traje de agua: pantalón y capote amarillo con capucha, y entonces sería un ballenero invernando, entre los farallones de alguna isla cercana al Círculo Polar, o un aventurero, del grupo del admirado Scott, aguardando impaciente el buen tiempo para el supremo salto que lo llevaría al Polo Sur.

Siempre ganaría, sabía que la excursión no tendría desperdicio.

Pero el buen tiempo se mantuvo, incluso el cálido viento norte elevó la temperatura, y esa misma tarde se encontró empujando el remolque de la lancha, junto con su primo, su padre y un acompañante de ocasión, entre la arena floja del acceso a la playa.

El viaje había sido plácido, escuchando historias de boca de su primo, cada día más corpulento, con más músculos pero también con gran corazón.

Había jugado mentalmente y había sido alternativamente astronauta y copiloto, imaginando cientos de situaciones de aventura y suspenso, hasta que los pinares y los eucaliptus habían aparecido en el camino zigzagueante entre médanos. Entonces la realidad se había acercado tanto que había apartado las imágenes formadas en su mente.

Y ya estaban en el agua, tratando de pasar la rompiente, empujando la lancha y sosteniéndola al mismo tiempo para que no se volcara, subiéndose luego por las bordas, arañándose las rodillas desnudas, mientras el primo daba arranque al motor zumbante y potente.

Un momento después navegaban a todo motor, la quilla cortaba el agua y una fina llovizna helada los empapaba con sensación de cosquilleo.

La estela de espuma, dejada por la hélice, dibujaba una curva

que cortaba la verde pampa del mar y la lancha iba ya a detenerse "al paio" —como decían los viejos marineros— donde los finos pejerreyes marinos refulgían al sol como agujas plateadas y donde millones de algas microscópicas "entonaban" las aguas del fondo.

La lancha se detuvo con un último chasquido del motor, el ancla chapoteó y bajó de un golpe los casi veinticinco metros de soga, que se tensaron rápidamente cuando la embarcación se ubicó impulsada por el viento suave y cálido.

El sol se filtraba por entre las nubes alargadas de la tarde que se recostaba sobre el poniente.

—Los rayos marcan el cielo como los de una rueda de carro —pensó.

—Tenemos poca carnada, pero para las dos horas de luz que nos quedan, alcanzará —dijo su primo que acostumbraba a medir todo, comparando lo que fuera: sol con carnada; nafta con kilómetros; comida con hambre...

El sonrió a escondidas, quería mucho a su primo, lo admiraba y le encantaba observarlo cuando sopesaba y resolvía situaciones.

—No hemos anclado bien, el viento nos hace rolar —volvió a escucharlo.

El acompañante sentado en la proa decidió comprobarlo y tiró de la soga.

—El ancla está enganchada en el fondo —dijo, mientras afirmaba su esfuerzo para liberarla de su traba.

Pero inútiles fueron los intentos para zafarla y, cuando decidieron poner el motor en marcha para contribuir en el propósito, la soga se cortó y quedaron a merced del suave oleaje y del viento.

—Al garete no podemos pescar —aseguró su primo— sin ancla debemos volver.

Era inútil todo argumento, se imponía la experiencia, muchas salidas de pesca y más de un temporal en el mar.

La tarde casi se agotaba cuando comenzaron a volver. El sol dibujaba todavía algunos rayos como de rueda de carro, y la cúspide del Médano Blanco tenía reflejos dorados.

El no se sentía del todo bien, ni siquiera había tenido tiempo para arrojar la línea al agua y además, el subibaja de la lancha, sin anclaje, había agitado peligrosamente el café con leche en su estómago.

—Mañana conseguiremos otra ancla y saldremos temprano —prometió su primo observándolo y tratando quizás de conformarlo.

El asintió con movimiento de cabeza, pero íntimamente pensó que esa había sido la última salida de pesca del verano y se preparó para un domingo de juegos y paseos por la playa.

La noche fue agradable, un baño tibio asentó su estómago y pudo comer, aunque sin mucho apetito, las milanesas crocantes que preparaba su tía, siempre solícita, siempre agregando un dimi-

nutivo gracioso a su nombre, con reminiscencias itálicas y mucho cariño.

Su tía había pasado el verano en la casa de la playa y ahora, cuando la cerraran durante el invierno, volvería con ellos.

Varias partidas con barajas gastadas le devolvieron el humor, pues jugar “de compañero” con su primo le brindaba siempre una agradable sensación de complicidad y máxima seguridad en el juego.

El sueño vino, tranquilo y blando... La cama era conocida, en su rincón predilecto de la casa, donde llegaban atenuados el murmullo de las mareas nocturnas y el rumor de los buchones mañaneros, que arrullaban en las ramas altas de los pinos...

Despertó sin sobresaltos, el cielo brillaba radiante a través de un ventiluz alto del cuarto aún en penumbras.

Un suave aroma de café, mezclado con el perfume casi acre de tostadas algo quemadas, llegó hasta su lecho y le despejó la mente. Algunas voces se escucharon desde el patio, junto con el ruido desperejo de un motor que rateaba.

Se levantó presuroso: zapatillas, pantalón de baño, remera... y salió al patio inundado de sol, entre las hojas del parral.

Su primo lo miró sonriente, tenía los brazos engrasados hasta los codos y cambiaba las bujías de un jeep destartalado y adaptado para la arena.

—Hoy bajaremos a la playa con esto —indicó sonriente— podremos ir hasta la entrada del arbolito y desde allí hasta el Médano Blanco. Iremos con Luis y llenaremos la lancha de pescados hasta el carburador.

Luis era el vecino propietario del jeep, un “Land Rover” que seguramente había conocido días mejores, cuando los ingleses “pisaban fuerte” en el Canal de Suez y en Medio Oriente.

Luis, además, sabía un poco de todo, era un mecánico intuitivo, conocía desde astronomía hasta meteorología y desde medicina hasta cocina. Quizás por esa razón no permanecía demasiado en ningún trabajo.

—Debemos entrar temprano —aseguró Luis refiriéndose al mar— a la tarde seguramente soplará el viento sur y no quiero regresar a nado.

Cargaron la lancha: cañas cortas, riles rotativos, líneas de manos para tiburones, agua potable y anchoas de banco para carnada.

Probaron el motor de la lancha, nuevo, con pocas horas de marcha; moderno, con los avances de la importación japonesa siempre creciente, embrague, cambios de marcha...

—Un violín —se ufano su primo escuchando el ronroneo sin altibajos de las válvulas.

—Nunca hay que confiarse de los fierros —respondió Luis mientras aseguraba los remos en los costados, bajo las bordas.

—Los motores se detienen y entonces sólo te quedan los brazos para volver...

Rieron optimistas, pero todos sabían lo difícil que resultaba impulsar a remo un casco diseñado para avanzar por el mar picado, con ciento cincuenta caballos de fuerza.

—¿Volverán a almorzar? —preguntó la tía.

No le respondieron. Nunca le respondían y ella tampoco esperaba respuesta. Si la pesca era buena, se quedarían en el mar mientras durara el buen tiempo o la carnada lo permitiera. Después, si todo resultaba bien, las horas se prolongarían en la playa limpiando la pesca.

Engancharon el remolque de la lancha al jeep y se acomodaron en los asientos increíblemente duros, entre herramientas, cuchillos, descamadores y neumáticos de repuesto.

El motor rugió, repechando el médano consolidado de la calle que ascendía.

Miró hacia atrás y vio a su tía quien lo saludaba con la mano en alto. Como siempre lo había atendido hasta mimarlo: café con leche, tostadas con manteca y mermelada.

—¿Querés queso? Comé jamón —había insistido muy a la italiana, mientras él agradecía un poco tímido.

—Llevá gorro, mojate la cabeza. Si te mareás, tomá agua a sorbos cortos... —Y mil consejos más, siempre agradable, siempre cariñosa con él...

Ahora el jeep viraba entre los eucaliptus centenarios, hacia la “bajada del arbolito” y el mar se oía y se olía cada vez más próximo.

Entraron. El agua estaba fría y tiritaron al empujar la lancha para pasar la rompiente, espumosa, golpeante y revuelta.

Se habían quitado las camisas y remeras para mantenerlas secas, dentro de bolsas de polietileno, y el agua les erizaba la piel a la altura del pecho, cuando subieron izándose por las bordas, raspándose la piel, como siempre, mientras el motor carraspeaba y emparejaba su rumor suavemente acelerado.

Su primo se sentó al volante, accionó el embrague, puso el cambio de marcha, aumentó las vueltas y la lancha se impulsó hacia adelante, levantando la proa, saltando las olas que se hacían pedazos bajo la quilla y salpicaban con un millón de gotas frías.

Enfilaron mar adentro, hacia los reflejos verdes azulados, desde donde la costa era una tenue línea amarilla, las siluetas humanas meros puntos y el Médano Blanco una giba suave, con su cúspide redonda y plateada de sal.

La lancha comenzó a girar, a describir un círculo amplio para llegar al fondeadero, cuando el motor tosió, chasqueó metálicamente y se detuvo.

Estaban casi a tres mil metros de la costa y el mar era una superficie apenas ondulada, que se alisaba aún más, en la medida que desaparecía la estela dejada por la lancha.

—Seguro que aquí no hay nada —dijo Luis, quien creía que ese era el lugar elegido para la pesca.

—Mejor lo intentamos igual —respondió su primo— porque el motor se paró.

El los miró: primero a su primo, después a su padre, último a Luis. No encontró signos de inquietud en los ojos de ellos y aunque podían esconderla, no se preocupó.

—Debe ser una bujía empastada —dijo Luis—. Vamos a sacarlas con cuidado para que no se caigan al agua, como me sucedió el año pasado con el maldito chinchorro de mi suegro —agregó mientras levantaba la tapa del motor y destornillaba las bujías.

Las sacaron, las limpiaron, las soplaron, las secaron y las atorillaron casi con cariño, pero el motor no se movió, y cuando su primo dio contacto sólo un “tic” enigmático se escuchó bajo la cáscara lustrosa de fibra del motor.

—Ahora es la batería —aseguró Luis—, es el borne, hay que engrasarlo cada vez que se guarda la lancha.

Y ya estaba en el panel de popa, aflojando y limpiando los bornes, sonriendo y asegurando:

—Te dije que no se debe confiar en los fierros. Además, cuanto más complicados son los motores, más “cachivaches” se pueden romper y más posibilidades en contra hay.

Nuevamente el arranque y otro “tic”. Después el arranque manual, a sogá enroscada, y sólo un ronroneo infame que se detuvo inmediatamente.

Su padre se removió inquieto en el asiento a su lado y él creyó advertir una mirada ansiosa, dirigida hacia los remos asegurados bajo las bordas.

—Seguro que está ahogada en nafta —sentenció su primo, y en una de sus habituales y sorprendentes salidas, agregó:

—Bueno, vamos a pescar, ya tendremos tiempo de preocuparnos más tarde para volver.

—Ma sí —acató Luis— si me va a tocar remar que sea cuando no pique tanto el sol.

Rieron todos, menos su padre que miraba el Médano Blanco, quizás calculando la distancia que un chico de once años o un hombre de cuarenta, podían nadar con mar tranquilo.

Las cañas cortas, las líneas de mano, los riles, la carnada...

—Un premio a la corvina más grande y un premio al cazón más grande —anunció Luis.

—Un premio a quien arranque el motor —ironizó su primo.

Pescaban, el sol estaba en el cenit, quemaba, y también quemaba su reflejo en el agua.

—Aquí no hay nada —volvió a repetir Luis, observando las “aguas vivas” que se autopropulsaban y los pejerreyes finos y delicados que brillaban como tajos de cuchillo.

El agua estaba calma, el calor pesaba en los hombros, en la nuca y en los muslos. La lancha cabeceaba borracha, rolando y tensando la cuerda del ancla.

El sintió en sus entrañas de chico un agobio de náusea, mezcla de nervios, un poco de mareo y algo de miedo.

—¿Estás descompuesto? —le preguntó su padre observándole el rostro y tocándole la frente.

El negó mientras sentía cómo el estómago se le encogía y la boca se le llenaba de saliva.

Las arcadas pugnaban en su garganta cuando el carrete de Luis chilló, la caña se arqueó y la tanza se cortó con un chasquido.

—Eso fue un tiburón —dijo Luis, observando sorprendido el hilo cortado, sin anzuelos ni plomada.

Las náuseas se esfumaron con el asombro e inmediatamente fue la caña de su primo la que se dobló y amenazó con quebrarse. Pero esta vez el hilo de nailon resistió y después de unos minutos de lucha, apareció en la superficie la forma notablemente hidrodinámica y plateada de un escualo mediano, con su hocico puntiagudo y sus ojos helados.

—Sabía que aquí había tiburones —pontificó Luis— hace días que nadie saca nada desde la costa. Ni corvinas, ni pescadillas, ni congrios. Solamente nada y ese es un anuncio que hay que tener en cuenta.

Ninguno le prestó atención, estaban muy ocupados tratando de neutralizar al tiburón que se sacudía vigorosamente, enredando líneas, desparramando carnada y erosionando manos y piernas, de quienes trataban de sostenerlo, con el tegumento erizado de escamas placoides, verdaderos dientes dérmicos con consistencia de esmeril recio.

Por fin el cráneo estaba seccionado a golpe de cuchillo y el cuerpo se desangraba, colgando de la aleta caudal, hasta penetrar en el agua, transformando el sitio en un conveniente cebadero para peces.

Nuevamente los sedales en el agua, con las anchoas más consistentes como carnadas en los anzuelos y él con la línea de mano apretada entre el pulgar y el índice, tratando de detectar el menor tirón en la profundidad.

Entonces fue la línea de su padre la que corrió rauda por el carrete, sorprendiendo por la potencia de arrastre.

—Con la estrella floja —gritó el primo.

—Hay que apretar la estrella —contrarió Luis.

Su padre no tenía tiempo para atender. Tenía dificultad para rebobinar el sedal y cuando recogía varios metros, la estrella del carrete —por casualidad ajustada al punto óptimo— permitía el escape del hilo.

—Vas bien —aulló el primo—. Es algo muy grande. Despacio, para que la línea no se corte.

Al cabo de algunos minutos lo vieron por primera vez: un torpedo plateado con chispas azules cortaba la superficie del agua y volvía a sumergirse, mientras el acero punzante le destrozaba las entrañas.

—Ya lo tenemos —volvió a gritar su primo, empuñando el bichero de punta horrible.

—Cuando está cerca, lo enganchamos con este escarbadietes.

Su padre tenía el rostro colorado y transpiraba. Había perdido el ritmo para hacer girar la manivela del carrete y recogía la tanza con vueltas desprolijas que producían tirones.

—¡Cuidado! se va a cortar —se oyó.

Pero otra vez había zafado la estrella y el escualo se apartaba, arrastrando metros y metros de nailon brillante.

—No doy más —exclamó su padre, a quien la falta de experiencia le acalabraba los brazos y los hombros—, seguro que se me escapa en el último minuto.

Sin embargo, como contrariando a lo que opinaban los expertos sobre técnicas de recoger línea, el escualo fue acercado a la borda. Entonces, un metro y medio de pez hermoso y temible, con millones de años de adaptación para la captura de sustento en los abismos líquidos, fue destrozado por profundas estocadas con el bichero herrumbrado y por filosas cuchilladas que le perforaron el cráneo cartilaginoso.

Luego, el cuerpo fue izado y pese a los violentos coletazos que volvieron a herir manos y piernas, a enredar nuevamente líneas y a desbaratar carnada y bártulos, fue destripado impiadosamente para recuperar el anzuelo, sujeto a un extremo de acero, que ocultaba el secreto del éxito de la pesca.

Después, cuando la sangre fría embadurnó las manos y tiñó por instantes las aguas casi transparentes del fondeadero, todos pescaron. El cebo natural de vísceras y sangre obraba a la perfección y también sus manos, de casi adolescente, lograron atrapar, a puro cordel de línea de mano, varios cazones y “gatusos”, cuya presencia, entre carnada olorosa y cuchillos filosos, obró mágicamente para olvidar la compulsión de la náusea o del miedo, si éste había existido.

Pescaron hasta la tarde, hasta acabar con las anchoas del banco, hasta que el sol casi los “achicharró” y hasta que un airecillo del sur y gruesas nubes, con cúmulos blancos, como copos de helado de limón, les trajo de un golpe la convicción que debían volver.

Su primo accionó el arranque, la batería suministraba energía y el motor tosió, pero no arrancó.

Las nubes apelotonadas como lomos de ovejas, se acercaban. Un viento helado les produjo escalofríos en la piel recalentada por el sol hasta minutos antes.

El motor parecía ganar vueltas, pero se detenía cada vez que se accionaba el embrague para conectar la transmisión.

— ¡Bueno, a remar! — exclamó Luis ya sin bromear y observando con recelo las nubes que parecían bajar y dirigirse directamente hacia ellos.

Comenzaron a subir los cuerpos muertos de los tiburones que colgaban de las bordas y a depositarlos en el fondo de la lancha.

— A remar — repitió Luis, mientras desenganchaba los remos de las grampas y los ubicaba en posición.

Su primo activaba ahora la soga, tratando de arrancar el motor manualmente y ahorrar energía de la batería.

Dos aviones “Daguer”, a reacción, de la Armada, los sobrevolaron y él los saludó con el sombrero, pensando quizás que en realidad no estaban tan solos y a merced de las olas. Sin embargo una náusea, muy parecida al miedo, aleteó nuevamente en su estómago.

Luis había comenzado a remar, la lancha, cargada con cuatro personas y varias decenas de tiburones, apenas se movía sobre las ondas encrespadas.

Su primo había levantado nuevamente la tapa del motor y hurgaba esta vez entre los cables del acelerador y del embrague.

— Ya sé lo que falla — aseguró — una contratuerca del cable acelerador se ha aflojado, el motor se desacelera y al entrar el cambio, se para.

Apretaba los tornillos, con los dedos como herramientas, apoyado sobre el estómago y con la cabeza casi dentro del agua.

La tormenta estaba sobre ellos y Luis remaba, pero no avanzaban.

El miedo estaba ya instalado en los ojos de su padre y casi se palpaba en el ambiente y en los golpes de remos, espasmódicos e inútiles, que realizaba Luis.

— Necesito brazos — dijo Luis exhausto, mientras levantaba los remos con los ojos irritados por el esfuerzo.

El viento era ya muy fuerte y las olas pasaban las bordas.

Dos “Daguer” pasaron otra vez y saludaron con el movimiento de sus alas.

El imaginó que el alabeo esta vez indicaba el peligro que corrían y sintió verdadero miedo, pensando, por primera vez, que estaban demasiado lejos de la costa y que había tiburones en el agua.

Observó a su padre, éste miraba a Luis que ya no remaba y Luis estaba pendiente de su primo, quien empuñaba por enésima vez la cuerda de arranque manual.

El cerró los ojos, esperó un segundo, dos segundos, tres segundos y... el motor arrancó.

El abrió los ojos. Luis estaba aún con los remos en alto y nuevamente la estela blanca, espumosa, cortaba la verde pampa del

mar. Estaban, además, los golpes bajo la quilla y la admiración por su primo, por sus músculos y por sus avezadas tareas marinas, que ejecutaba con la misma seguridad de los viejos marineros griegos, a los cuales había visto tejer redes en las películas.

...Y las líneas cortadas, el filo de los cuchillos y los ojos muertos de los tiburones en el fondo de la lancha...

Estaban regresando. Volvían a salvo... y él esperaba el momento dulce del triunfo cuando, con aire sabihondo, ayudaría a encallar la lancha en la playa. Entonces la gente se arremolinaría curiosa, observando las piezas valiosas pescadas y él restaría importancia al éxito, pero fingiría maestría al limpiar los pescados, los cuales serían cuereados sin piedad, transformándolos en meras piezas alargadas, sin formas reconocibles.

Luego esperaría la cena en la casa, disfrutando de los momentos de los comentarios, mientras su tía elogiaría todo lo que habían hecho, con la presteza de años de comprender, perdonar y vivir de las cosas simples...

Transcurrirían los días... El volvería a la rutina de la escuela y al ritmo distinto de los juegos de invierno. Pasarían los años, pero la serena admiración por la maestría de su primo, un tanto mayor, pero siempre joven, quedaría quizás plasmada en páginas escolares. En alguna composición literaria, bajo el título rimbombante de "Una experiencia inolvidable", rodeada de cierta fantasía, pero siempre original y lista, en un rincón de su mente, para enfrentar, con la calidez de las lágrimas, los hechos rutinarios y cotidianos, aquellos, mezcla de mezquindades y egoísmos, que pugnarían y se empecinarían por demostrar en el futuro, la débil perspectiva humana.

SOLO UN PASO AL COSTADO

Lo había pensado mucho.

Había buscado y rebuscado una respuesta.

Había dormido poco, despertando invariablemente con el descubrimiento que estaba soñando lo mismo. Un sueño reiterado y obsesivo.

Esa semana, a más tardar el lunes siguiente, debía decidir.

Continuar hasta el límite de sus fuerzas o renunciar a su cargo, un puesto de profesor de enseñanza media, de pocas horas semanales en esa asignatura que siempre lo sorprendía a pesar de los años y que pugnaba por explicar algunos mecanismos de la vida.

Hacía ya dos meses que tenía el veredicto de los médicos, quienes le aconsejaban el retiro de toda tensión si quería sobrevivir. Bloqueo coronario, fibrilación, insuficiencia mitral, imposibilidad quirúrgica... Todo estaba allí, no había apelación posible.

Se había jubilado cuatro años antes de su actividad oficinesca, sin relación ninguna con la docencia, pero la serena pasión de su vida, la de estar al frente de un aula colmada de jóvenes, deseaba conservarla aún todo el tiempo que pudiera.

Sólo él sabía lo mucho que le habían costado esos cursos ora tediosos, ora interminables, soportando muchas veces las arbitrariedades del sistema, estudiando en horas desusadas para no desatender demasiado su empleo, el cual le llevaba gran parte del día para redondear un magro ingreso que alcanzara para el sustento de su familia.

A menudo se había sorprendido a sí mismo pensando que había cometido un error al comenzar sus estudios terciarios ya tarde, durante la madurez de su vida, casado, con hijos y con horarios que cumplir.

Pero tercamente se había respondido que era algo que se debía a sí mismo, desde su adolescencia, cuando, un poco por cobardía y también por comodidad, no se había decidido a "quemar las naves", a renunciar a su mezquino empleo y concurrir a una universidad distante de su pueblo.

Siempre se había justificado explicando que sus padres no habían estado en condiciones de costearle una carrera superior

y así, los años habían transcurrido entre el sopor de los expedientes y la necesidad de incorporar alimento para su espíritu.

Quizás por eso se había internado en los laberintos ciegos de cuanto curso a distancia había encontrado, sin hallar satisfacción, avanzando todos los días un poco más en su frustración.

Hasta que de pronto algo de luz se había hecho. La ciudad había crecido con los años y la educación ganaba en niveles pese a la intrincada maraña burocrática. Surgieron entonces carreras técnicas universitarias e institutos docentes y él, sopesando posibilidades, tiempo disponible y riesgo de caer en la depresión del fracaso, se había lanzado a lo que, en un principio, pareció un abismo.

Así, había encontrado un nuevo mundo. Otra vez el compañerismo desinteresado de la escuela. Aquel que surgía de la nada y que no pedía tampoco nada a cambio.

Había redescubierto cómo alguien puede ser capaz de no dormir en toda una noche, para dejar listo un apunte destinado a un compañero enfermo o simplemente ausente.

Y casi simplemente por permanencia y por tozudez había arribado a su título, una cartulina que lo habilitaba para tratar de iniciar a los alumnos de escuelas medias en los misterios cálidos de la Biología, donde mágicamente se entrelazaban los mecanismos de las experiencias con teorías siempre nuevas y polémicas.

La esperanza de hallar en esa profesión, tantas veces idealizada, el camino hacia su liberación, se había estrellado tempranamente, cuando la frialdad realista de un compañero de curso, de su misma edad, le había demostrado despiadadamente, cómo ellos —los mayores— estaban indefectiblemente en inferioridad de condiciones frente a los jóvenes.

—Ellos no tienen nuestras preocupaciones. —Le había dicho.

—Ellos pueden tomar cualquier suplencia por mínima que sea y en cualquier horario. Nosotros estamos condenados constantemente a elegir, descartar, renunciar, pedir reubicaciones por horarios complicados en otras actividades y así siempre...

Esa realidad se mostró pronto con toda su crueldad y él se encontró renunciando, por incompatibilidad horaria, al primer ofrecimiento de una cátedra, dejándola en manos de compañeros de promoción, quienes no estaban atados a ningún compromiso anterior.

Ese fue sólo el principio, pero la experiencia se repitió demasiado frecuentemente, en tan poco tiempo, que llegó a desequilibrarlo peligrosamente.

No obstante pronto se resignó, la impotencia era tan contundente que le quitó el deseo de luchar contra la adversidad, y se conformó con unas pocas horas de clase, que aún conservaba "para despuntar el vicio" como solía decir.

Sin embargo el eterno drama de claudicaciones y renunciaciones tuvo sus compensaciones. El ser profesor tan exclusivo, para es-

casas horas de clase, le permitió aprender a conocer más a sus alumnos, a llamarlos por sus nombres, a comprender sus temores y a participar en sus alegrías.

Aprendió a ser paciente con ellos, como nunca lo había sido en su casa con su esposa y sus hijos, y comprendió que siempre convenía detener la clase, cuando el interés de los alumnos estaba en otra cosa, más allá del tema tratado.

No por sabio, sino por el desgaste de los años, fue asimilando las leyes de la convivencia escolar. Viejas tácticas, no inventadas por él, que nunca debían ser olvidadas:

No juzgar sin pruebas suficientes.

Atenuar el egoísmo y olvidar faltas menores.

Proponer dificultades de aprendizaje, pero siempre proporcionales a las posibilidades de los alumnos.

El resultado no había sido impactante pero sí satisfactorio; se había convertido en un profesor respetado por su mesura y moderación. No acostumbraba a hacer desplantes, los cuales en principio podían paralizar a los jóvenes, pero pronto se volvían hacia el profesor como poderosa reacción.

—El efecto bumerang —decía.

Todo había mejorado con el paso de los años. Disfrutaba de sus clases, no orientadas a deslumbrar a nadie, pues sabía íntimamente que ningún alumno puede ser deslumbrado, pero sintiendo profundamente cuando algún tema tratado acertadamente, prendía en el grueso de la clase.

Sin embargo, en los últimos tiempos ya no era el mismo, no sentía el peso síquico pero sí el quebrantamiento físico. Precisamente cuando la jubilación en el empleo oficinesco le había permitido acercarse de lleno a todas las actividades que aderezaban la función docente, como entrega de premios, actos y jornadas de apoyo, había aparecido el dolor. Una profunda estocada en el medio del pecho, un lacerar punzante que parecía salir por la espalda o ascender hasta el mentón.

Odiaba ese dolor, no tanto por lo que representaba, sino porque lo alejaba de todo. Si estaba leyendo era imposible concentrarse. Si estaba acostado debía pararse. Si estaba caminando debía sentarse y aguardar que se calmara.

Por todo eso, el jueves, el viernes o el lunes siguiente lo haría, entraría en su última clase y se despediría para siempre. Desearía lo mejor para sus alumnos como era su costumbre, vería algunas lágrimas, como sucedía todos los fines de años. Quizás leería la despedida literaria que consideraba mejor escrita y más sentida, la de Ricardo Güiraldes en Don Segundo Sombra.

Recibiría tal vez algún pergamino con firmas y dedicatorias.

—“Al profe profe” le habían escrito alguna vez.

—“Al profesor más bueno del mundo, que nunca vamos a olvidar”. Había mentido piadosamente una niña carilinda, hacía ya muchos años, cuando él aún conservaba el pelo.

Entró en el aula. Los chicos de primer año se pararon junto a sus pupitres, un gesto de respeto que quedaba bien, pero que se iba perdiendo.

Se dirigió hacia su mesa para integrar el libro de temas:

—La Fotosíntesis. Elementos que intervienen.

Los alumnos seguían de pie, había olvidado permitirles tomar asiento.

—Gracias —respondieron los más solícitos.

Comenzó a desarrollar su exposición y observó los rostros, como lo había venido haciendo desde cuando se había colocado por primera vez al frente de una clase. Estaba el asombro en los ojos de algunos, al sentir algo parecido a la fuerza de una revelación; estaba en otros la serena impassibilidad de quien escucha algo que podrá ser usado o no en el futuro, y por supuesto estaban aquellos en quienes no alentaba otro deseo que no fuera salir de la escuela. Chicos sin maldad, en cuyos semblantes ausentes se adivinaba el aguardar del recreo, el ansia por ganar la calle para volver al placer de los juegos tardíos de la adolescencia, al ocio de los parques y plazas o al transpirar apacible mientras practicaban con una pelota frente a un aro.

Ya no tenía ninguna inquina contra ellos. Los aceptaba y comprendía sus motivaciones y sus enamoramientos repentinos. En algún tiempo se había irritado por la falta de atención de aquellos alumnos, casi niños, quienes soñaban con la vista perdida en alguna lámina o simplemente en alguna moldura de la pared o mueble del salón.

En grupos de treinta chicos, los porcentajes se repetían fatalmente: algunos brillantes rayanos en la genialidad, la mayoría integrada por los que calculaban, medían los resultados y basaban más que nada sus esfuerzos en la comodidad de pasar bien y sin sobresaltos las vacaciones. Luego estaban, por supuesto, los ausentes de siempre.

Invariablemente, todos los años había sentido el desafío de encontrar la forma de interesar a los indolentes y despertarlos de su sopor, apuntando hacia ellos sus mejores armas, sus más ingeniosos comentarios para acicatear la curiosidad.

Sabía que todo docente debía, en algún momento, sortear el influjo de dirigir sus clases solamente a los agudos y brillantes, evitar la atracción de los mejores alumnos y orientar las energías para lograr que, los menos dotados, cumplieran con los objetivos.

Pero ese día actuaba sólo para sí, con el máximo egoísmo, dedicando sus palabras al grupo del rincón izquierdo, aquel siempre atento y callado, especialmente para un dúo de alumnos muy pequeños, de pelo corto y muy claro, que habían aparecido en los últimos días en ese primer curso y se sentaban muy juntos en el fondo del salón.

No conocía sus nombres, nada les había preguntado para no cohibirlos, pero los veía asentir silenciosamente con la cabeza, cuando les dirigía la mirada.

Tocó el timbre, los chicos se removieron inquietos en sus asientos, esperaban el recreo largo.

—¿Repasamos esto?— preguntó el rubio crespo siempre atento.

Asintió con la cabeza, sin encontrar palabras para el adiós. Los dos pequeños de la izquierda lo miraron con expresión siempre recogida, siempre tímida pero aguardando algo...

No pasó por la sala de profesores, ganó la calle y casi corrió por las veredas húmedas de rocío otoñal.

El dolor comenzó, primero sordo, después lacerante y con él llegó el miedo.

Se detuvo asustado, incapaz de dar otro paso, pero a la vez deseando llegar a su casa.

Pensó en la muerte cercana y estuvo tentado de gritar pidiendo auxilio, mientras el pecho se le cerraba más y más con sensación de grifo enmohecido.

Sin embargo no lo hizo y permaneció quieto con el mentón sobre el pecho hasta que, misteriosamente, como había llegado, el dolor se desvaneció como escurriéndose sigilosamente entre los ductos semiocluídos de sus arterias rumorosas.

Levantó su rostro. El sudor corría por los surcos que había dejado la mueca de dolor.

Clavó la mirada en las copas de los árboles, el otoño avanzaba con el mes de abril, blandiendo las ramas altas y descuajando las hojas que amarilleaban ya, sin mayor sustento, con escaso líquido en sus capilares apenas vivos.

Pensó en la magia de la fotosíntesis, que tantas veces había enseñado, reclusándose en los espacios aún verdes de células hambrientas y seniles.

Imaginó la silenciosa y serena resignación de esos órganos que morían lentamente, cerrando esclusas invernales para evitar que la vida escapara del corno vegetal y permitiendo que la hibernación se activara, con lo mínimo asimilado en gruesos tejidos, adaptados por milenios de alternancia de estaciones.

Imaginó una escondida lealtad y una gran determinación en esas delgadas hojas que se desprendían del cuerpo, perdiendo todo su esplendor, abandonándose a las ráfagas de aire y dejándose morir en el suelo inhóspito.

Por rara asociación se encontró comparando ese continuo drama estacional, callado y sufrido, con el dolor opaco de su pecho.

¿Había dolor en esos tejidos vegetales que se esclerosaban, resguardando fluidos vitales? Si realmente existía, los árboles callaban y nada decían.

Curiosamente él también había callado al arribo del dolor insoportable y aún vivía.

¿Estaría él mismo cerrando esclusas, aguardando la llegada del invierno...?

La imagen de los dos niños, a quienes apenas conocía y parecían estar esperando, con ojos suplicantes, una respuesta, se dibujó nítidamente en su conciencia.

Apuró el paso. Un recuerdo comenzó a integrarse en su memoria, que relacionaba y compaginaba antigua y laberíntica información.

Entró en su casa corriendo y acuciado por sentimientos encontrados, rebuscó entre los muebles un viejo álbum fotográfico.

Viejas imágenes aparecieron, trazando directrices en el tiempo... y de pronto, los rostros en el aula, el mismo corte de pelo sobre la frente y en los ojos las mismas preguntas sin respuestas.

Muchos años atrás los tres —él entre ellos— sentados en estrecha vecindad, habían tejido proyectos, hilando entre sueños y juegos.

La vida los había barrido y dispersado, como el viento a las hojas desprendidas del árbol.

Dónde estarían, casi los había olvidado.

Aunque, quizás, muy lejos, o muy cerca aún esperaban por él.

Debía volver a la escuela, era preciso que así lo hiciera.

Debía asegurarles a esos chicos que esperaban, que él estaba entre ellos y que aún podía ofrecer.

Regresó al día siguiente. Entró en el aula. Los chicos del primer año se pararon junto a los pupitres. Un gesto de respeto que quedaba bien, pero que se iba perdiendo...

Buscó con la mirada los dos rostros pálidos en el rincón de la izquierda. Ya no estaban. Probablemente nunca habían estado ahí, pero seguramente esperaban en algún otro salón, en algún otro curso.

Un atisbo de dolor se insinuó en el pecho. El esperó con frialdad, como quien reconoce al enemigo y aguarda el golpe decisivo. Sin embargo éste se mantuvo agazapado esperando un mejor ángulo de ataque.

Las esclusas se cerraban, recogiendo el fluido vital, como en sus viejos conocidos, los árboles. Siempre callados, aguantando el dolor...

El libro de temas esperaba abierto ante él. Los chicos esperaban junto a sus pupitres, aún de pie...

Entonces, de un golpe, como el timonel dispone una maniobra durante una tormenta, escribió con mano firme:

—La Fotosíntesis. Revisión.

Se quedaba. Las esclusas estaban cerradas y el fluido vital no escaparía todavía.

LOS PASOS

Era su primer campamento; y allí estaba junto al pequeño arroyo que le murmuraba viejas historias del desierto, de la pampa, de las sierras. Los pastos doblaban sus puntas cargados de verdor, y el viento al silbar entre ellos le traía la voz de su padre que le decía como tantas otras veces:

—La puerta de la carpa en contra del viento, que en esta época sopla del sud.

—El agua de la pradera se purifica cada diez metros; para beber ubícate siempre en la parte más rápida de la corriente.

—En las marchas quítate la mayor cantidad de ropa, luego abrígate.

—Si hay hormigas: un círculo de desinfectante o de combustible en torno del campamento las ahuyentará...

Era el más pequeño del grupo, once años apenas sombreaban ya su frente, sus padres no vivían, habían muerto los dos muy juntos en el incendio; y él había quedado solo, con algunas quemaduras en el cuerpo y muchas heridas en el alma.

Ahora estaba en aquel Instituto, tan extraño como el nombre, o como el idioma que trataban de inculcarle todos los lunes y jueves, que le trababa la lengua con aquellas voces sin calor ni recuerdos.

Sin embargo ese día era feliz, las tierras que pisaba ahora, eran conocidas, eran casi su familia. Las había visitado tal vez cinco, tal vez siete veces, no importaba cuántas, lo importante era que tenían la risa de su madre, la voz de su padre, las canciones aprendidas...

Era su primer campamento, estaría a cargo quizás por cuarenta y ocho horas o quizás menos, después llegaría el instructor que lo revisaría todo: los fogones, los canales de desagüe, el rancho, las raciones, todo.

No le importaba mucho lo que pudiera encontrar mal aquel tipo ridículo de bigote militar, lo bueno era recordar: oír la vida

y las voces otra vez.

.....

Habían terminado de almorzar; dos de los muchachos lavaban los cacharros en el remanso aguas abajo, los otros dos luchaban y se arrojaban yuyos en la pequeña planicie de la margen derecha. Hacía calor, el calor nuevo que en los días de octubre se duerme en las siestas sin viento.

Estaba sentado sobre las piedras que atravesaban la corriente. Por momentos, si miraba hacia abajo tenía la impresión de moverse sobre ella muy suavemente al compás de las ondas y el susurro de las burbujas.

Sentía los párpados pesados y la mente llena de sueño. Recostado sobre las piedras esperaba, dentro de una hora se bañaría en la pileta de los helechos, y el agua le llenaría de verde los ojos y de fresca la piel.

Con los ojos cerrados pensaba:

En la margen derecha sobre el farallón, donde se veían los rastros del plegamiento, había un árbol donde tiempo atrás había querido tallar su nombre. Su padre se lo había impedido irritado diciéndole que dejaría de ser natural si él lo tocaba. El árbol seguía allí y él sabía que el sólo ver las ramas le haría llorar.

Al norte, tres kilómetros aguas arriba, había una cueva que decían había estado habitada por indios. Su madre le había contado un cuento hermoso de un indiecito dorado que cantaba en las noches de luna; él había olvidado enseguida la historia juntando violetas. Tenía cinco años en esa época y recordaba haber llenado el sombrero de violetas y habérselas colocado todas en el cabello de su madre mientras ésta dormía junto al arroyo. Sabía que visitaría esa cueva al atardecer, y que al salir de la oscuridad vería el sol ponerse casi en medio de las dos rocas distantes. Entonces sentiría la mano de su padre tomándole la suya e imaginaría los cinco indios rogándole al Espíritu del Cerro.

El rito no lo recordaba ya, pero se aseguraba que todavía entre las sierras había algunos indios que oraban en la llegada del verano, cuando al anoecer el Espíritu se cobijaba entre las piedras todavía cálidas por el sol de la tarde.

Esa noche, como jefe de grupo, debía contar una historia junto al fogón, que sería comentada por los demás en días de clase. El relataría lo que su padre le había contado de los indios, aunque sabía que sus compañeros lo tomarían a risa y después por la mañana aullarían creyendo haber inventado otro juego. No importaba, porque estaba seguro que esa noche su padre se acercaría a él, le humedecería la mente con recuerdos y lo sumergiría nuevamente en ese mundo de historias, miedo, noche y protección.

Había pasado la medianoche, los demás dormían hacía ya mucho tiempo. El se encontraba junto al fuego, le quedaban tan sólo doce horas y no quería que el sueño se las quitara.

La hoguera no se apagaría aún, las llamas se detenían entre las brasas para acompañarlo. Se miró las manos, el resplandor jugaba entre ellas, el tiempo las iba cambiando; el fuego una vez las había cambiado y las había dejado vacías.

Oyó el grito del pájaro que siempre le asombraba, oyó dos tiros de algún cazador furtivo y después creyó dormir.

De pronto se sobresaltó, alguien había llamado. Miró la carpa aunque sabía que allí todos dormían. Apagó el fuego y esperó con el alma, esperó que el llamado se repitiera, lo esperó de las estrellas frías, del árbol allá arriba o del muro de helechos.

Y el llamado llegó, lo golpeó muy hondo en el pecho, en su frente quemándolo como el agua helada, en su cuerpo todo que se incorporó de un salto. Dejó el cuchillo dentro de la carpa, se quitó el abrigo y la tricota gruesa; no necesitaba ni quería oír más, tampoco necesitaba luz pues conocía el camino; sabía que andando con cuidado antes de la mañana llegaría.

Lo encontraron al atardecer, sentado en la entrada de la cueva, con la cabeza apoyada en la roca, con los ojos cerrados y una olvidada sonrisa en la boca.

Nadie supo cómo murió, se tejieron historias, se contaron muchos cuentos.

Esa noche un chico que caminaba de la mano del instructor, oyó una canción que cantaba a la luna un indiecito dorado.



EL CAZADOR DE PAJAROS

Después de almorzar, cuando el calor sofocaba y parecía comprimir, escapábamos de la casa, zapatillas de goma, un corto pantalón y una remera descolorida por mucho sol.

Llevábamos la malla de baño lista y algún paquete de galletitas para cuando el hambre llegara.

No tendríamos noción de tiempo en toda la tarde, la hora de regresar estaría marcada por las sombras que oscurecían el agua de la pileta. Mientras tanto nadaríamos hasta que la visión se nos nublara por la irritación producida por el cloro del agua, hasta que las yemas de los dedos se arrugaran de tanto estar sumergidos.

De regreso a casa, el caminar era lento y el piso resultaba blando, no tanto por la tierra reseca, que formaba colchones de polvo en la calle sin asfalto, sino por el cansancio sin dolor, la suave extenuación.

Ese regreso se dilataba entre el elevado pinar y los álamos temblones y estaba además señalado por un acontecimiento que se repetía en cada puesta de sol: la aparición del cazador de pájaros.

Era éste un muchacho de edad indefinida, con rasgos de hombre de color, pelo rizado y labios abultados; pero lo que más resaltaba en él era un defecto en la cadera, que hacía su paso oscilante, con un pivotar de cintura, con medio giro zigzagueante. Llevaba dos jaulas tramperas con sendos llamadores, hembras de cabecitas negras o de mixtos amarillentos.

Lo veíamos colgar las jaulas en los troncos de los cipreses y sentarse en el borde de la pista de baile del Club, bajo los ornatos de cemento que en las noches de romería cobijaba las guirnaldas de luces de colores.

Luego lo veíamos extraer de una cajita de aluminio el polvo blanquecino, mezcla de clorato de potasio y azufre, que servía de detonador al rudimentario explosor, artefacto conformado por un bulón, cuya tuerca comprimía, al ser arrojado contra el pavimento, la inestable combinación.

La estridencia de las explosiones espantaba los pájaros, que comenzaban ya a recogerse en los nidos y al buscar nuevamente cobijo, solían atraparse atraídos por el llamado de la hembra cautiva.

No había tarde que la perseverancia y el sobresalto de las explosiones no cobrara sus víctimas y el cazador de pájaros sonreía con su sonrisa desvaída de semi-idiota y luego renqueaba con su cadera pivoteante rumbo al paraje de las quintas, donde solíamos ir en bicicleta a comprar peces de colores, que el viejo Hoffman criaba en su tanque australiano.

Invariablemente nos quedábamos observando el quehacer del cazador de pájaros y volvíamos a nuestras casas comentando junto con las diabluras del día, la velocidad en la pileta o el estilo perfeccionado, el destino que el chico cazador le daría a los pájaros.

Una tarde de febrero, cuando el verano ya agonizaba, una tormenta del sur llenó de polvo y de aire frío el Club y frustró los chapuzones, las carreras y los saltos desde el trampolín. Pronto caímos en cuenta que recién era media tarde y que nos sobraba tiempo para emprender el regreso a casa. El viento frío y un sorpresivo chaparrón de la sudestada, habían alterado también los planes del cazador de pájaros, que había recogido temprano sus bártulos y se disponía a emprender su marcha zigzagueante rumbo al camino de las quintas.

Nos acercamos tímidamente a observar los pájaros que saltaban histéricos tras los barrotes de las tramperas y ante su sonrisa eterna, inquirimos sobre el precio de los pájaros, por preguntar algo.

—No los vendo —respondió—, espero septiembre, entonces ellos vuelan juntos y dan vida a la primavera.

La respuesta nos desconcertó y nos miramos confabulados, supimos que lo seguiríamos, pues tras aquellas palabras se nos había encendido la curiosidad y la imaginación.

Caminamos tras él en silencio, demorando nuestra marcha deliberadamente varios metros atrás.

Cruzamos el sendero marginado por ligustros y cicutaes, mojándonos los pies entre los yuyales altos que almacenaban gotas de la reciente lluvia y llegamos a la quinta silenciosa y umbría bajo los altos eucaliptus, crecidos en tal proximidad que ocultaban los rayos del sol.

Lo vimos cruzar un alambrado semicaído y atravesar una tranquera interior oculta entre el monte.

Allí nos dirigimos con el corazón retozándonos en el pecho, acicateado por cien aventuras de Emilio Salgari y de Flash Gordon, pero no logramos pasar. Ante nuestro amago de franquear la tranquera, varios perros galgos se abalanzaron contra la cerca y nos detuvieron.

Nuestra curiosidad era mucha, pero no la suficiente como para dejar nuestros fondillos en las fauces de la jauría que gruñía y nos miraba con ojos extraviados. No obstante el susto y la retirada creímos escuchar trinos y gorjeos tras la espesura formada por árboles y el matorral entrelazado por enredaderas y trepadoras.

Nos prometimos volver en la primera oportunidad y también visitar el lugar en primavera, sin embargo por diversas causas no lo hicimos; el invierno nos trajo otras preocupaciones —comenzábamos la escuela secundaria y había chicas de por medio. Además la primavera no despertó nuestra curiosidad, quizás porque no volvimos a ver al cazador de pájaros.

Tiempo después pescando con mi padre en un sitio de la barranca, cercano a donde lo viéramos colocar las tramperas, recordé lo acontecido y le pregunté si él había visto alguna vez a aquel muchacho de color.

Mi padre me contestó que lo recordaba perfectamente, pero también sabía que el muchacho estaba muy enfermo y que no le extrañaba su desaparición.

Me explicó que esa clase de deformaciones articulares, escondía muchas veces temibles males óseos y sospechaba que el cazador padeciera alguna de esas enfermedades.

La vida fue pasando, transitando mil caminos, combinando y entrecruzando los destinos y los años se fueron entre cientos de tribulaciones prestadas y propias, que a veces quemaron sueños y dejaron cenizas en nuestras sienes.

Sin embargo lo volví a ver, casi treinta años después. No me pregunté dónde había permanecido todo ese tiempo. Lo vi caminar con la misma renquera, pivoteando el cuerpo sobre su cadera maltrecha. Llevaba en una mano una trampa con un mixto llamador y en la otra una caja de aluminio, donde adiviné llevaría su mezcla de clorato de potasio y azufre para las pequeñas explosiones.

No había cambiado nada, su cuerpo era el mismo, su rostro era el mismo, con su sonrisa de semi-idiota.

No había rastros de vejez en su cara. Lo saludé y me contestó con un gesto que nada indicaba: ni recuerdos, ni nostalgia, ni siquiera el registro de una observación.

Yo sí lo observé largamente cómo caminaba calle abajo, rumbo a la avenida arbolada que ahora llevaba al Club de mi niñez.

Lo seguí a distancia, aunque sabía que no repararía en mi persecución. Lo vi entrar al parque, atravesando el arco de la portada y caminar por entre los pinos y cipreses como antaño.

Colgó su jaula trampa en el tronco de un ciprés y observé cómo se sentaba en un banco de piedra bajo las pérgolas; la hembra llamadora en la jaula gorjeó, le respondieron llamados entre el follaje alto.

Sabía lo que vendría; las pequeñas explosiones que alborotaban las ramas...

Los recuerdos vinieron a mi mente, sentí en los huesos el cansancio blando, sin dolor, la suave extenuación no ya del nadar por horas en el agua ligeramente fría de la piscina, sino de la vida arrojada de un golpe sobre mi cuerpo.

Me acerqué lentamente, su mirada me encontró desde su rostro sin tiempo.

—Vende los pájaros —le pregunté intuyendo la respuesta.

—No, no los vendo —me contestó con su sonrisa de semi-idiota—. Ellos me han dado la vida de primavera en primavera.

—Venga —me invitó. Aunque yo lo seguiría igual, aún sin invitación, como había perseguido por siempre mis sueños.

Caminamos en silencio, siguiendo yo su marcha oscilante, de medio giro sobre su cadera maltrecha.

Las quintas de otros tiempos se habían transformado en un barrio suburbano, pobre, pero limpio y de fácil acceso. Sólo una manzana conservaba su atisbo de monte, de suerte de chacra; gruesos eucaliptus se elevaban al cielo crepuscular y cipreses y pinos oscurecían el verde del conjunto.

Atravesamos una tranquera derruida, mecánicamente me detuve esperando la avanzada de los perros, pero esto no sucedió, un golpe de aire fresco me llegó desde la verde sombra y sentí que mis pies se mojaban entre los yuyos altos.

Cruzamos por entre la maraña de enredaderas y trepadoras y entonces fue cuando apareció ante mí:

Más que un jaulón era el monte enjaulado, un tejido de trama regular llegaba hasta las copas de los árboles, los trinos eran un compendio de cantos de la pampa.

Cabecitas, mixtos, federales, chingolos, horneros, tijeretas, carpinteros, calandrias, urracas y cientos de pájaros confundían sus colores, sus llamados y sus gorjeos...

—Ellos me han dado la vida —me dijo con su sonrisa.

—Ellos me han detenido el tiempo hasta cada primavera. Hasta hoy que me ayudarán a volar.

Lo vi sentarse al pie de un gran tronco de ciprés, al lado de una cuerda que pendía desde la altura del follaje.

—Ha llegado el tiempo de volar —dijo despacio para sí... y tiró de la cuerda.

Vi caer el tejido lentamente, como en cámara a lento paso, como un abrazo de filigrana tramado...

Los plumajes batieron el aire. Primero fueron las torcazas con su vuelo sostenido y ruidoso, después quizás algún biguá que alborotó en las charcas de más atrás, pero la verdadera nube partió de la copa de los árboles donde anidaban los tordos, los mirlos y los benteveos... Partieron palmoteando el aire, abanicando nuestros rostros.

El cansancio se esfumó de mi cuerpo, muchas preguntas se formularon en mi mente, pero no me atreví a responderlas. Pensé en el miedo, en la soledad, en el dolor y también por rara asociación en los múltiples caminos recorridos por el hombre en búsqueda de su libertad.

Me volví, seguía sentado en silencio. En las pupilas fijas se reflejaron los últimos aleteos.

Me incliné y lo toqué. No se movió, sonreía blandamente con su sonrisa de semi-idiota...

Puse el oído sobre su pecho y escuché aún un suave batir de alas que se apagaba quedamente mientras las últimas tijeretas, de vuelo más pausado, se perdían entre los árboles, buscando que el azul del horizonte les recordara sus nidos.

MEMORIA DE CAMPO Y DE SOL

Pocos recordaban cómo y cuándo los antepasados se habían afinado a la tierra. Posesiones treintañales; decenios de manos callosas y represiones de indiadas, habían acumulado leguas de cardos y abrepuños; llanos incansables y ombúes amodorrados.

La casa y las poblaciones de los peones se mantenían y agrupaban siempre tras las lomadas de trébol oscuro, donde las primeras perforaciones habían reventado las napas repletas de aguas salitrosas.

El siglo avanzaba con nuevos arados que veteaban más hondo la tierra; con cosechas menos sufridas y con reproductores fornidos que algunos llamaban de pedigree.

Se hablaba de nuevos métodos de siembra, de prevenciones sanitarias. Se discutía de préstamos de dudoso fomento y de porcentajes elevados.

Los viejos, en fogones de mate amargo y de costillares tiernos, se encerraban en ariscas supersticiones y miraban con celo y temor los adelantos. Esperaban algún fenómeno que castigara la infidelidad de tanta renovación; alguna sequía extrema, o la rebelión de la tierra al hastiarse de germinar semillas y alumbrar espigas.

Los jóvenes se entusiasmaban con cifras y posibilidades; se solazaban con piezas mecánicas que apenas comprendían y calculaban sueldos mejores.

Sin embargo el ciclo continuaba: la aftosa carneaba su hacienda todos los años; el fuego de la helada quemaba los pastos y los sembrados; la luz mala brillaba en las noches de aparecidos, y el campo... El campo mantenía su esencia; las mismas brumas mañaneras recordaban todavía la figura del indio; los mismos mugidos esperaban los atardeceres; el mismo silencio aguardaba las tormentas.

En este mundo permanecían y palpitaban los chicos; niños con ojos que el tiempo aún mantenía achinados; grenchas lacias y renegridas de algún pequeño puestero. En él se confundían días

largos de honda colgada al cuello y de piedras en los bolsillos; mañanas heladas de tarros en el tambo, mediodías silbones de perdices, el humo del churrasco y el dulzor del chuño robado en la cocina. Se apiñaban revolcones en las melgas, escondites en los chilcales y se apretujaban formas de arcos y flechas, que disparaban juegos de indios y cautivas rescatadas.

Y fue este mundo de inmensa pampa, de soles buenos y de tierra negra quien lo adoptó un día.

Lo encontró una mañana de bruma en el aire y de charquitos en el suelo, cuando erizaba su canto el gallo y gritaba su aviso el chajá.

Apareció de la mano del menor de los patrones, quien explicó una razón que nadie recordó después.

Tenía los ojos azules y el pelo rubio de las tierras altas. Siete años apenas y ninguna lágrima, pues las había perdido todas en el barco, cuando la peste mala sepultó a su madre en el mar y lo dejó solo, con sus palabras de la Italia vieja y con la piedad de los hombres por única compañía.

Doña Mercedes, la de los buñuelos dorados y de las tortas fritas, lo tomó a su cargo y lo cuidó con el mismo amor que le inspiraban las luciérnagas; después de ella, todos le tomaron cariño. Los chicos se le acercaron con la timidez de su picardía o lo observaban a escondidas cuando callado y sentadito repetía hasta aprender las voces del idioma extraño. Todos los días disputaban el privilegio de enseñarle nombres, habilidades y criollos menesteres, y todas las noches sorteaban la fortuna de dormir cerca de él, de escuchar otros rezos y de vivir relatos dulces con sabor a nieve y a hierbas de montaña.

Fue en esa época cuando comenzaron a aparecer regalos escondidos bajo su almohada; una vez la tabita, que comentaban había calzado Abelardo en noches de paciencia; después una patita de conejo, amuleto invalorable para ahuyentar tormentas; más tarde una bolita de porcelana, que escribía círculos en su rodar.

El se sonrojaba en silencio y guardaba los presentes en su cajita de roble, donde moraban una estrella alpina y el medallón de su madre; después trataba de aprender todas las palabras, modos y gestos que cada uno enseñaba y con serena humildad penetraba en los corazones.

En esos días rara vez reía, su risa había quedado olvidada en el cordaje de una gavia o había sido botada a las olas verdes para alegría del mar.

En las peoneras ruedas de las noches, se sentaba junto al mortero de maíz, escuchaba las historias y su alma se mojaba en los pastos, se alargaba por la pampa y buscaba en las luces mezquinas de las estrellas del sur, un camino lejano de retorno al hogar.

Si la tristeza se cebaba en él, si el miedo de la nada y los fantasmas de bocas negras querían apoderarse de su cuerpo, doña

Mercedes lo tomaba entre sus brazos, lo cubría con el poncho de flecos felinos y lo hacía dormir con sueño acunado por guitarra y vidala que podía acariciar o quizás cantar:

*Gringuito de ojos azules,
que siembras al viento mentas
de montañas de locura
y tierras de sombras lentas.*

Tres años con mañanas de matecocido y días de estancia, hicieron de él un chico gringo de habla criolla. Tenía diez años de edad cuando formaba una sola figura con su caballo; un doradito de boca ablandada por voces de apuro y canciones latinas. Era un indiecito de pelo rubio, frente blanca y risa clara, que le había devuelto el oleaje de los yuyales y el relato del monte que aprendió a escuchar.

Fue ese el tiempo de escuela, de rabonas escondidas, arroyo, tararira y piolín.

Fue ese el tiempo de la felicidad, de amor al campo y gran serenidad.

.....

Cuando la sequía comenzó, todo pareció una pesadilla de sed. Pero cuando los pastos comenzaron a arder, cuando la tierra se resquebrajó, los campos se volaron por el viento y las aguas empezaron a morir, llegó el triste despertar. El mugido de los animales lastimaba al escuchar y sus ojos contagiaban la tristeza a los hombres que quemaban sus rostros mirando el cielo gris en su azul.

Se escucharon misas y plegarias, llantos y blasfemias pero no llovió y las osamentas se calcinaron sin pena ni honor.

Se sucedieron los meses; se hipotecaron hectáreas y se perdieron, el monte dejó sus relatos en montones de leña para vender y las deudas arreciaron en sobres amarillos, con firmas indescifrables y palabras de máquinas que deletreaban solas.

Doña Mercedes murió, la salitre del agua le trajo la fiebre que la consumi6; con ella se fueron las vidalas de las noches y él encontró las lágrimas que le había robado el mar. Su hijo Abelardo, el de la tabita calzada, ese día rezó.

—Mi alma de chico bobo pa' Vos Padre Nuestro, pa' que no se muera el Gringuito, ni Toyo, ni siquiera el cuzco que tuvo la Prima en la Nochebuena.

—Mi alma pa' Vos, por unas gotas locas pa' que crezca el río y termine la seca.

El Gringuito lo oyó y fue esa noche de sueño chúcaro y de cama caliente y revuelta. Cuando logró dormir en su mente se alinearon y desfilaron imágenes vividas y añoradas: mástiles marineros puntales de cielo genovés, enjambres de cables y acero, el mar azul y las lágrimas saladas. La pampa inmensa sin prisa, sin pausa

y la gente, las formas, las almas. Después la tierra escaldada, y más allá de los cardales la visión de la madre y el llamado: su eterna voz en las sombras...

Despertó, miró a su lado: Abelardo dormía con llanto; lo observó con cientos de recuerdos, y después lentamente colocó sobre su almohada la patita de conejo, indispensable para calmar las tormentas.

El sol subió pronto y lo encontró sobre el doradillo; el pelo casi blanco al viento y en los labios la gran sed.

Alguien lo divisó caminando hacia los espejismos que soñaban aguas más allá de los cardales.

El caballo regresó solo.

Por dos días y dos noches llovió. El tercero sopló el Pampero, el cielo se aclaró y el monte con sus pocas ramas recordó.

EL SUSURRO DE LA MUCHEDUMBRE

Era la rutina de las tardes tibias, cuando el aire corría enfrentando a la motocicleta zigzagueante entre los autos de la avenida.

No había a esa hora, nada mejor: dejar la camisa abierta tal cual se veía en el aviso televisivo y sentir cómo los músculos se distendían al contacto con el mensaje del viento. Esos músculos de veinte años, tonificados con la gimnasia del karate, la natación y algo de aparatos y pesas. Bronceados al extremo según la moda, con ese aceite exquisito tantas veces aconsejado por las invalorable propiedades del caroteno, la leche de coco y las algas marinas.

Motor, velocidad y aire tibio, la mejor sensación y toda la indolencia de vivir sin ataduras, sin rendir cuentas a nadie, con trabajo por temporadas, sólo para vivir sin ahogos cuando quisiera disponer de su tiempo.

Un toque de acelerador, un cambio de marcha oportuno y después el reaccionar potente de los pistones, que hacía ascender las vibraciones del motor por el cuerpo a través de los brazos, de las piernas y del eje vertebral de su tronco.

La velocidad era entonces su nervio y vida, era la forma, el camino que aclaraba la mente, era la borrachera sin tensiones, el pedestal hacia lo superior, que le otorgaba el poder de manejar situaciones.

En las bocacalles, en aquellos corredores fríos, el primer impulso era aplicar el freno, pero el secreto de su poder estribaba en vencer el instinto y en acelerar antes del cruce, en dejar librado al azar un posible encuentro y en sus manos la resolución al instante de una maniobra arriesgada.

Había comprobado siempre que las dificultades se presentaban con otras motocicletas, pues camiones y automóviles eran generalmente más lentos y pesados e inevitablemente quedaban atrás. Las motos encontradas, eran en cambio dardos zumbantes y si se daba la casualidad que el piloto experimentaba idéntico poder, las cosas solían tornarse emocionantes por el eterno juego de averiguar hasta cuándo uno era capaz de dominar el instinto de frenar.

Sin embargo, las posibilidades de choque eran escasas y casi siempre el oído indicaba la distancia, que en definitiva otorgaba la ventaja, la posibilidad de pasar y el triunfo de sentirse como los personajes de los videos, con el rostro impertérrito del que fumaba el cigarrillo tamaño real, siempre el más caro, o con los ojos de ensueño del que paladeaba el trago refrescante de aquel néctar tropical, mientras se perfilaban las palmeras en el sangrante atardecer de alguna isla del Pacífico o se vislumbraba el efecto de alguna golosina, bocado de dioses opulentos, dorados y rubios o morenos y cimbreantes.

Cuando llegaba la noche, la sensación aumentaba pues las calles populosas y las avenidas eran vías de luz a gran velocidad, y entonces el olor acre del aceite caliente se mezclaba con el perfume de alguna acompañante de ocasión, que ocupaba el asiento trasero para su lucimiento, mientras el motor anunciaba a todo régimen su presencia al viento.

La noche podía prolongarse así, sin fin aparente. Bebiendo tragos de alcohol endulzado con algún jugo frutal o cerveza helada en el ambiente falsamente antiguo de algún bar de moda.

Sentado, bebiendo indolente, mientras el mundo giraba a su alrededor, había tenido la absoluta convicción que todos los esfuerzos del mundo estaban orientados hacia los jóvenes. Bastaba observar la ropa en las vidrieras, la publicidad de las bebidas, los cigarrillos, la música, los automóviles y los artículos de deportes. Nadie más que los jóvenes elegantes, apuestos y sumamente modernos tenían derecho a paladear una gaseosa en placentera compañía, a degustar un liviano aperitivo, a practicar surf entre olas enormes, a manejar motocicletas como la que él poseía, a usar los cosméticos más atractivos o a vestir prendas íntimas sumamente audaces y coloridas. El mundo era de los jóvenes, de los dioses jóvenes dueños del presente y del mañana, poseedores de la fuerza para emprender las empresas más arriesgadas o las aventuras más insólitas, capaces de resolver todos los problemas con el impulso de las mentes creadoras, educadas con los métodos que la ciencia y la tecnología, creaban también, indudablemente, sólo para los jóvenes.

Navegaba así el río de aguas rápidas de su vida, trazando con su motocicleta figuras de ágil desplazamiento, eludiendo obstáculos con la misma facilidad con que un remero sorteaba escollos en las corrientes turbulentas.

Era su vida joven inagotable, la que sonreía como en las propagandas de dentífricos o de bebidas de refrescantes burbujas, hasta que descubrió un nuevo artificio que agregaba a su placer sensaciones inusuales, renovados atractivos, incorporando ribetes oníricos al vértigo de la velocidad.

El efecto nuevo provenía de las notas de un pequeño pasacinta, del tipo individual, que enviaba sonido estereofónico a dimi-

nutos auriculares. Tan simple adquisición agregaba mágicos atisbos a su carrera, rodeando al viento de sonos de flautas, acompañando el ritmo de las bielas y las válvulas con percusión incitante, redoblando el vibrar del pavimento con preludios sintetizados en órganos y pianolas electrónicas.

Ahora tenía la embriaguez de la velocidad mezclada con el licor dulce de compases y silencios. Ahora tenía una carrera nueva, acompañada de la magia que sólo la música podía agregar a la acción, tal cual sucedía en las películas.

El nunca se había llevado por las leyes conservadoras de las simples compensaciones, por lo tanto nunca tampoco había reparado en que toda adquisición cuesta, que el placer tiene su precio, que todo beneficio recibido debe ser reparado con alguna concesión a través del tiempo.

Por eso tampoco nunca se había percatado que por el ritmo y el placer recibido había pagado un alto precio, había sacrificado la seguridad que siempre le había otorgado el poder anticipar con su oído el roncar cercano de otros motores en las encrucijadas, donde apostaba al todo o nada de un encontronazo con otra saeta. Es decir, había reemplazado el juego certero de un cruce calculado, por el repiquetear sincopado de la instrumentación erizante.

Nunca se detuvo a mensurar tamaño sacrificio, nunca a evaluar la pérdida. Quizás lo hizo tiempo después cuando ya era tarde.

Lo sucedido lo había repasado cientos de veces después; en el delirio de la fiebre, durante el dolor del tratamiento, en las largas y oscuras tardes, cuando las paredes del cuarto del hospital parecían comprimirle el cerebro.

Los acontecimientos primero parecían confusos, pero en realidad de tan claros eran transparentes. Simplemente se había distraído, no había logrado oír el motor de un segundo vehículo, había estado abstraído por el timbre aletargado de un órgano electrónico.

Cruzaba una bocacalle, había acelerado para pasar antes que un camión; había zigzagueado por una angosta brecha, frente a los ojos atónitos del conductor que lo vio atravesar su camino, pero no había podido detectar el dardo plateado de otra motocicleta, que se adelantaba en el mismo sentido del camión.

Cuando pudo verla, estaban prácticamente chocando. Torció bruscamente la dirección y sintió cómo su máquina lo desmontaba y seguía su curso hasta estallar contra un muro, mientras él conservaba la inercia que lo arrastraba por el suelo.

Percibió el chasquido lejano de sus huesos que se quebraban y cómo el pavimento limaba su piel, hasta descubrir la carne roja y las astillas óseas.

Estuvo tendido mucho tiempo o quizás no tanto, mientras la gente se acercaba, mientras se apagaban los ecos de su moto junto

al muro, mientras su dolor y un brillante escozor eran arrullados por una tenue melodía que los auriculares, que aún conservaba, llevaban a sus oídos.

Eso había sido todo o casi todo, después sólo llegaron complicaciones: primero el yeso de su pierna, después la infección que lo alejó de la realidad y lo sumergió en un mundo atribulado de sueños incoherentes y por último la sentencia de los médicos:

—Su pierna no recibía suficiente irrigación y debía ser amputada sobre la rodilla.

Nada más simple o más terrible: o su pierna o su vida y él, alejado por un momento de su fiebre y su delirio, tuvo que elegir. Después lo dejaron dormir.

Con el recuerdo quemante del hospital en su mente y el entumecimiento de largos meses de cama en las articulaciones, volvió a su casa, que fuera sólo reducto de pocas horas, descanso al paso, cama de un día lunes, cobijo temporario. Pero ésta resultó ser un páramo desconocido: habitaciones mudas, sin recuerdos ni pasado. Solamente el vaivén del tiempo en las sombras danzantes, que dejaba el sol a su paso a través de las ventanas.

Sus padres no habían dejado rastros en esos ámbitos. Su partida databa de la separación matrimonial temprana y rara vez pernoctaban allí en su paso apurado que traían los pretextos inventando compromisos.

Sus hermanas eran extrañas, a veces solícitas, a veces histéricas, que trajinaban entre un empleo mal pago y visitas nocturnas que dejaban, en su trayecto jadeante, dinero para ropas o algún regalo que desentonaba con su apariencia lujosa, entre trastos de segunda.

Su pierna ya no estaba, pero sin embargo dolía aún, siempre en el ánimo, pero también físicamente a causa de los terminales nerviosos cercenados sin piedad.

Pasaba largo tiempo sentado entre sombras escuchando su pequeño pasa-cintas o consumiendo historietas hasta que la extenuación confundía las tiras y ya no diferenciaba los personajes ya que tanto Clark Kent podía utilizar lentes oscuros, como Jackaroe espada al estilo del gigante de Lagash.

Ya casi no recibía medicación, sólo una inyección por la tarde, cuyo efecto le había dejado de preocupar. En realidad hacía tiempo que ya no preguntaba nada. Su curiosidad se había apagado entre dolores agudos, dolores sordos, largos períodos de sopor y mucha depresión.

Y un día, inexplicablemente, tal como se lo habían anticipado los médicos tuvo deseos de dejar la cama, de moverse, de respirar aire fresco,... pero la experiencia fue atroz. Su cuerpo era un péndulo que oscilaba sin gobierno, era una palanca descompensada y contrapesada en falso.

Al principio, lo que más lo molestaba era la mirada de los vecinos, cuando él se afanaba con las muletas; luego fue el verano

cuando se empapaba de sudor, especialmente en la entropierna —porque había desterrado ya el uso del pantalón corto o de baño—, y por último fue el engordar. De un día para otro reparó que había ganado excesivo peso. La falta de ejercicio había redondeado su rostro y deformado su esbelto tórax, agregando prominencias donde no correspondían.

Se dijo que debía realizar algún tipo de gimnasia, pero cada movimiento le resultaba torpe y lo llenaba de furia. Se dijo también que no comería por algunos días, pero en sus interminables noches insomnes, se sorprendía muchas veces a sí mismo mordisqueando rebanadas de pan.

Dejó de ver a sus amistades, pues cada día le resultaba más tedioso y molesto dar explicaciones y anunciar los progresos que hacía, y también muchos dejaron de verlo quizás por piedad o quizás porque se sentían cohibidos de manifestar ante él sus actividades, que casi siempre tenían relación con el físico: un poco de pelota a paleta, algo de básquet, mucho de fútbol y además porque habían ido perdiendo el fluido trato de las conversaciones sobre mujeres y sexo.

De tanto en tanto recibía atenciones de una antigua amiga y compañera de correrías nocturnas, pero siempre se encontraba preguntándose si lo que recibía eran favores o vestigios de mucha lástima.

El sentimiento de lástima, pero hacia sí mismo, también le embargaba a veces, pero casi siempre era suplantado por furia orientada hacia su estupidez y las pocas veces que lloró después de la amputación fue por rabia y por impotencia.

Un día frío, encerrado en la pequeña cocina de su casa, tropezando y maldiciendo contra muebles y rincones, decidió abandonar sus muletas. Las reemplazó súbitamente por una pierna de madera, fabricada toscamente como las destinadas para los lisiados de guerra y muy pronto comenzó a dominarla. Luego, a instancias de un médico del hospital pudo obtener una ortopédica, que se sujetaba anatómicamente y le daba mayor sustentación.

Con ella realizó maravillas en pocos días. Aprendió a caminar con una simple cojera y luego descubrió que colocando las manos en los bolsillos podía disimularla a la perfección.

Fue para ese tiempo cuando decidió volver a trabajar en las mismas “changas” que siempre había realizado: pintor de obras o albañil, siempre con la íntima promesa de no dejarse amilanar por la altura, ni por el uso de escaleras o andamios.

Esto le devolvió el ánimo, ya no se sentía un discapacitado, comenzó a rebajar peso y a recuperar su línea, ahora no comía por angustia o compulsión, comía por hambre debido al trabajo duro y sostenido.

Volvió también al ejercicio de pesas y los músculos de brazos, torso y dorso se redondearon rápidamente recuperando la turgencia perdida.

Nuevamente comenzó a recobrar la conciencia de su belleza, nuevamente se sentía partícipe del mundo que sabía suyo: un espejo donde mirarse y que le devolvía imagen y forma; la imagen que siempre le había dado seguridad, la estampa que no difería de los catálogos de avisos publicitarios de artículos creados para gente como él.

Qué podía importar todo si estaba nuevamente dentro del margen establecido, hasta ya tenía en vista una nueva moto, totalmente a su gusto, con la única modificación que representaba el traslado de los cambios para control manual, pues no podía contar con la llamada "sensación de pedal", luego volvería otra vez al vértigo, a frecuentar amistades, a tener admiradoras.

Recorría un día una calle céntrica. Había caminado toda la mañana y sentía un dolor atroz en la cadera, que siempre surgía cuando realizaba esa clase de esfuerzos.

En eso cavilaba cuando comenzó a llover. La falta de "sensación de pedal" como la llamaba, le molestaba realmente cuando llovía, tenía miedo de resbalar y caer tal como le sucediera en sus primeras prácticas con su pierna artificial. Además al tratar de apurar el paso notó que las correas se habían aflojado y no tenía suficiente estabilidad. Se protegió en un refugio de ómnibus y como la lluvia arreciaba decidió tomar el primer colectivo que lo llevara cerca de su casa. Sería el único ómnibus que tomara en su vida, antes siempre había preferido la motocicleta y a falta de ella simplemente correr.

El ómnibus se detuvo en la parada y cuando él se dispuso a ascender y se tomó del pasamanos, algo le congeló el caudal de sus venas: la pierna se había soltado, la podía sentir sólo aprisionada por el pantalón.

Alcanzó a subir y el vehículo arrancó con brusquedad entre vaivenes y tumbos mientras que él se tomaba de donde podía. La pierna chirriaba peligrosamente, mal asentada sobre sus articulaciones mecánicas, en tanto que él apretaba los dientes, calculando con ansiedad cuánto faltaba aún para llegar, presintiendo el desastre de perder su prótesis en pleno trayecto.

Fijó los ojos en el espejo que tenía ante sí. Casi no se reconoció, pálido, con el rostro húmedo por gotas de lluvia y sudor y con el cabello pegado sobre las sienes. Un aviso publicitario mostraba un joven con una bella acompañante fumando "largos con filtro" y la leyenda que exhortaba: "Aspire siempre más".

Pensó que él siempre había aspirado a mejorar su imagen para su seguridad y ahora su seguridad estaba hecha trizas. El espejo le

devolvía su figura lamentable, sin belleza, sin prestancia, con miedo y con inseguridad.

Otro cartel a todo color mostraba dos jóvenes maniobrando hábilmente un velero mientras ostentaban sendas gaseosas burbujeantes. Tuvo cabal conciencia que nunca como en ese momento había estado más lejos del mar, de las tablas de surf, de correr libremente, del sol y del aire libre.

Se sintió realmente mal y entre náuseas y vahidos creyó desfallecer.

Dos jóvenes escolares se levantaron de sus asientos y solícitos se los ofrecieron:

—¿Se siente mal señor? Sírvase tomar asiento por favor señor...

¿Señor? Nunca antes lo habían llamado así. Era el tratamiento reservado para los viejos, pensó.

¿Había dejado atrás tan pronto la juventud?

Agradeció la atención y se sentó. La pierna volvió a su lugar y él pudo ajustar algo las correas a través del pantalón.

El ómnibus llegaba ya al vecindario donde debía descender. Casi se sorprendió susurrando sus propios pensamientos:

—La motocicleta podía esperar hasta que él se sintiera más fuerte. Después de todo no era tan malo viajar en colectivo, sólo había tenido un momento de depresión y nada más.

—El lunes próximo intentaría un nuevo trabajo que le habían ofrecido, menos peligroso, sin andamios ni escaleras. Más estable y más seguro, como le habían dicho.

Cuando el ómnibus se detuvo, él comenzó a bajar; la pierna aún no se comportaba con solidez, los muchachos prestamente le ayudaron y soliviantaron tanto su peso, que casi lo bajaron en andas.

Un sentimiento ambiguo, con algo de agradecimiento y mucho de aversión y fastidio supo amargo en su boca ante la actitud de ellos y por la del conductor que se demoró más de lo usual en la parada. Ya no llovía, pero sí había refrescado y soplaban un viento cortante desde el sur.

Se acostaría temprano y dormiría hasta tarde por la mañana.

—Debo reparar fuerzas —se dijo.

Recordó que debía pintar la habitación de algún tono claro, más alegre. Además debía comprar un armario para los libros y para el aparato de audio, así podía invitar amigos y charlar en forma confortable.

—Porque al fin y al cabo —se preguntó afirmando—: ¿dónde podría estar más cómodo y seguro que en su casa?

LAS AGUAS QUIETAS

Era extraño pero cada vez que recorría el camino que lo llevaba al "antiguo pozo" como él lo llamaba, sentía la misma sensación. Hacía tiempo que frecuentaba el lugar y esa impresión persistía invariable a través de los días.

El antiguo pozo era una cavidad de la barranca del arroyo, producida quizás por algún viejo desmoronamiento del terreno, plegado atrás en el tiempo. El agua, al circular por esa entrada formaba un pequeño golfo, donde las ondas se aquietaban, los reflejos crecían y el viento, propio de la región en esa época, parecía calmarse.

Esa tarde se sentía un poco más viejo que de costumbre y la sensación conocida era más palpable que en otras oportunidades. Había comenzado con la misma apatía al levantarse de la siesta, la misma flojedad en los miembros y el mismo vacío en el cerebro; después había seguido el miedo, un miedo vago, casi sin origen y un deseo de quedarse en la cama para dormir, para no pensar, para estar al margen de todo... y por último había llegado la ansiedad por cumplir algo que no podía precisar todavía a pesar del análisis a que sometía siempre esa aprehensión.

Ahora caminaba con destino al espejo de agua del pozo y mientras sentía cómo la angustia se recogía muy dentro suyo y una forma de lasitud lo invadía hasta hacer que no sintiera el viento cálido de la tarde que ardía, ni la reverberación del sol en la tierra blanca de erosión de las barrancas.

Llevaba una caña que en un tiempo había sido prolija y de precisión, pero que ahora era un instrumento secundario, casi un pretexto; y también llevaba su temblor que le sacudía una mano y que a veces lo absorbía por completo, imaginando mil formas de aquietarlo. El médico lo había definido como efectos que la corteza cerebral no podía dominar, pero él presentía algo más cuando veía calmarse su mano mientras la línea se hundía en el agua y una corriente de vida subía a través del hilo y la carnada tentaba la existencia que aún bullía en su pozo milenario.

Ahora su temblor le sacudía el brazo y para sofrenarlo había comenzado a apretar intermitentemente la caña semejando un latido.

En un tiempo había culpado a la soledad de sus males, pero más tarde había comprobado que la soledad llega a ser buena compañera de los viejos, cuando los amigos dejan de ser importantes, cuando los temas conocidos se han acabado, cuando las cosas corrientes terminan de ser comprensibles y el cerebro está demasiado agotado para lanzar nuevas ideas.

Y él hacía casi veinte años que estaba solo, demasiado tiempo para ser buen conocedor de la materia. De tanto en tanto tenía cartas con matasellos de otras provincias y visitas que en un principio lo alegraban pero que al fin terminaban confundiénolo con la algarabía desusada. Porque realmente estaba viejo, tan viejo como para que la soledad fuera una excelente amiga, tan viejo como para que el pueblo dejara de ser pueblo y quedaran pocos lugares que le recordaran su juventud y mucho menos su niñez, y tanto como para que la técnica sembrara incógnitas en cada movimiento de su vida.

La técnica había sido indudablemente la causa de su confinamiento. Los apabullantes mecanismos que producían energía, velocidad, movimiento, colores, zombies y basura de todas las especies. Basura líquida, sólida y gaseosa; desechos radiactivos que pululaban y latían en cajas de plomo en las fosas del mar, esperando y esperando que la dinámica de su propio reposo produjera algún intersticio para así proseguir su obra en libertad.

Se había encerrado porque había dejado de comprender cómo marchaban los automóviles y los aviones; cómo se producían y sintetizaban los alimentos, cómo se educaba con pantallas y cómo los niños habían dejado prácticamente de jugar.

El futuro, que había imaginado en su niñez, parecía haber llegado pero le había resultado totalmente ajeno; entonces se había recluido con sus viejos libros, sus retratos y sus recuerdos, donde le era más fácil vivir porque ya estaba demasiado fatigado para aprender cosas complejas.

Y había vivido pausadamente en su retiro voluntario pleno de colores desvaídos por los años, de música olvidada, de manualidades hermosas e inútiles. Eso había sido su vida hasta el día en que el agua había salido amarilla de los grifos y habían enfermado niños, mujeres, hombres y niños en los vientres de sus madres.

Las autoridades pidieron calma pues algo sucedía en las plantas purificadoras, pero cuando el servicio se normalizó, ya nada volvió a ser igual y un peso intangible pareció comprimir la ciudad en la llanura aplastada por los vientos.

El hecho de que la ciudad no pareciera la misma despertó su curiosidad por encontrar en ella recuerdos y lugares perdidos, pero

en cambio tuvo por primera vez aquel golpe de angustia y ansiedad que ya no lo abandonó más con el correr de los días.

Recordaba vagamente cuándo había recibido el golpe. Cruzaba entonces el arroyo, sobre el antiguo puente colgante, cuando sus ojos que habían seguido el vuelo muerto de una gran hoja seca, se encontraron con que la muerte había inundado el agua. Miles de peces muertos plateaban la superficie. Los conocía a todos desde su lejana niñez aunque nunca hubiera imaginado tantos: bagres con la ceguera en los ojos torvos; voraces dentados, mojarras brillantes y veloces y aquellas extrañas panzonas a las que nunca había comprendido, ya que desafiaban las características atávicas de su especie y arrojaban vivos en cada parto, cientos de pececillos que nadaban juntos como un rayo de sol.

Del vaho vacío que había dejado la huida de aquellas pequeñas vidas, había nacido su angustia y aquella tarde había recorrido el cauce del arroyo, hasta que sus pasos tambaleantes le descubrieron aquel pozo donde aún se presentía la vida.

Y desde entonces, todas las tardes, su cometido oculto era aquél, el de verificar el inútil agitarse de aquellas criaturas de mentes idiotas, pero que aún vivían.

Porque sentía el llamado vago desde el rincón donde se endurecían sus huesos, había tenido miedo y había apelado a todos sus medios para vociferar su terror. Había escrito cartas diciendo que la risa de las cascadas artificiales era falsa, que las aguas estaban cansadas, que cada niño que se bañaba refrescaba su cuerpo y quemaba su vida y que cada fábrica industrializaba muerte que corría por los cauces. Nadie escuchaba y si escuchaba no oía. Los engranajes no se habían mellado por las voces.

.....
Era temprano aún, el sol estaba detenido por el calor inmóvil, las barrancas se calcinaban resacas y el agua no tenía forma en su quietud.

Dio dos pasos trémulos y tuvo el canto repentino de una chicharra escaldada. El temblor de la mano no cejaba un instante. Más abajo el "antiguo pozo" refulgía entre vapores de hinojales y totoras.

La línea en el agua no era conductora, no había vibraciones, el temblor de la mano persistía.

Pasó el tiempo, en el cielo el sol fue moviéndose, lo apagaron nubes en el oeste rosado y con el último rayo los ojos le dolieron al ver reflejado entre los juncos el amarillo escuálido de vientres que supo envenenados.

No recogió la caña, la línea siguió tentando a la vida que ya no estaba.

Desanduvo el sendero entre el llanto, sin lágrimas de los sauces y los brazos espinosos de las acacias. El sol era sólo resplandor y el agua sangraba más atrás.

En las calles los rostros cruzaron sin verlo y él sintió la opresión. La puerta de su casa se cerró a sus espaldas. Los corredores oscuros se abrieron ante sus pasos; algunos retratos sonrieron desde los muros.

Tuvo frío entre el sudor de su camisa. El temblor estaba en ambas manos y la garganta le ardía.

Caminó pausadamente, casi en un rito hacia la canilla del piletón y bebió grandes sorbos sin apagar la sed.

Se dirigió a su cuarto y se recostó en su cama; había olvidado cerrar el grifo pero estaba muy fatigado para levantarse. Oyó el agua correr mansamente.

Sus ojos o quizás su imaginación le devolvieron figuras harto conocidas; el péndulo inmóvil del reloj que debía reparar, la carta sobre la mesa cuya respuesta había iniciado hacía meses, el tomo de la revolución rusa que nunca comenzaba a leer... Mañana lo haría, ahora estaba cansado, los ojos se le cerraban y el temblor de las manos crecía.

En el piletón la canilla tosió y el agua cesó su carrera. La cañería crepitó, se estremeció y el líquido reanudó su fluir, lentamente, muy lentamente tornándose cada vez más amarillo.

El no lo percibió, sus ojos estaban cerrados y el temblor ya no existía.

LA VOZ DE LA CANCION

Empezaba la mañana con la claridad que traía bruma, color y rocío. Despertaban los ecos en las cañadas, los trinos y las luces. Los cerros nacían y se dibujaban lentamente sobre el cielo cada vez más turquesa, cada vez más brillante; y el aire, era tan puro, tan fresco y sedoso que acariciaba la garganta, el pecho y calmaba la sed de la noche.

Entonces él despertaba con el trino lejano de su propia mente. El trino que le decía:

—Es el día que llega. Aprovéchalo, es un día más; o quién sabe, tal vez uno menos.

Entonces él ya estaba despierto, con los ojos fijos en la pared que huía en la habitación todavía en sombras, y pensaba en su deseo de vivir, en su deseo de poder estar y de sentir. Sus ojos, los de su raza, tan antigua como los cerros mismos, se asomaban a la ventana y subían por el cielo más y más, hasta ser parte de él.

Después venía la calle que subía y bajaba, y la experiencia siempre nueva de cada mañana, cuando los brazos, las manos y las piernas tenían vida propia, cuando cada uno de sus miembros podían latir y vibrar para estar en todas partes a la vez, para vivir en el piso que crujía a su paso, para respirar el aire con cada poro y percibir con muchas vidas los mensajes que traían los cerros, la quebrada, las casas blancas, las nubes.

Era cuando comprendía que podía vivir hasta sin comer, con sólo mirar, con sólo poder estar. Era cuando sabía que transcurriría mucho, demasiado tiempo antes que el deseo de vivir lo abandonara.

Corrían las horas, llegaba el mediodía y no había sombras en el suelo, pues el sol estaba tan alto, tan encima de todo, que todo era dorado, todo era sol. Entonces el cielo era casi blanco y llegaba la modorra de la siesta, cuando el guiso picante pesaba en el estómago; cuando las paredes blancas y las veredas finas se tornaban blandas, cómodas e invitaban a dormir.

Había magia, mucha magia a esa hora. Con el sombrero sobre los ojos él esperaba el sueño, y de tanto en tanto miraba cómo llegaban los duendes del calor, del aire inmóvil, y jugaban hermanados en miles de volteretas brillantes.

Se sentía feliz en la tranquilidad que llegaba muy hondo, que acariciaba los músculos, que adormecía los huesos. Se sentía muy feliz cuando el viento por la tarde comenzaba a soplar por la quebrada, y traía el fresco que se pegaba a la piel y que se acentuaba más y más hasta transformarse en el frío de estrellas de la noche. Y era feliz cuando ésta llegaba y traía el pequeño invierno del día. Entonces el frío pesaba, sin viento, estremeciendo de a ratos, y la noche era toda noche, se podía tocar, se podía gustar.

Si había luna, si todo se plateaba, era muy fácil encontrar una guitarra, aunque más no fuera en el fondo de la mente. Y él cantaba con el alma, escuchando su propia voz, y el cantar era bueno, era como amar una mujer querida, era lanzar al viento y a la noche la vida misma para que jugara sola, era sentirse fuerte, cada vez más a medida que crecía la voz.

Si había vino o chicha, quizás pudiera llegar a sentir tristeza de estar solo, o quizás la baguala hiciera llorar. Pero si había coca, ni siquiera eso era malo: la tristeza sabía dulce e invitaba a pensar.

Con las mañanas seguían los despertares de luz, con las siestas el sueño que acariciaba y con las noches el deseo de cantar, de soñar y de amar. Todo era tan fácil. Era tan fácil despertar, soñar, cantar, vivir y amar. Era tan fácil mirarlo todo; dejar que el sol quemara, dejarse dormir en las siestas, gustar el sabor de la chicha y mirar los cerros y el cielo: que no podía comprender por qué la gente que visitaba los cerros, se preocupaba tanto, se movía tan de prisa, quería siempre una respuesta a todo, quería que siempre le explicaran todo. No comprendía por qué todo lo querían poseer, sin mirar, escuchar o sentir.

Por eso cuando una noche, en que se encontraba cantando junto al fuego; en que la guitarra pasaba de mano en mano y todos podían dejarse llevar por la voz; no pudo comprender por qué un grupo de turistas preguntaban quiénes eran los que cantaban y por qué lo hacían.

Los turistas eran gente de la ciudad, traían los ojos duros de mirar para entender. Se llamaban escritores, dejaban escrito todo lo que pensaban, lo que veían, o lo que querían ver.

Sus ojos miraban y miraban. Y había curiosidad, miedo, abstracción, indiferencia. Había ojos de hombres, y había ojos de mujeres y había una mujer que lloraba. El la vio cuando empezó a cantar muy lento primero, y observó cómo giraban las lágrimas cuando él dejó libre su voz, cuando ésta creció y creció, cuando él empezó a amar al cantar. Porque su canto amaba: amaba la tierra húmeda y negra a sus pies, amaba la luna inmensa y el fuego que

bailaba frente a él. Cerró los ojos y amó en su canto a la mujer que lloraba al oír, amó su propio eco en los cerros, la presión del aire en su pecho y los cerros que no se veían y que estaban.

Y se repitió la experiencia de sus manos que vivían solas, de sus dedos que aleteaban sobre el cordaje de su guitarra, mientras que su voz resonaba en las cañadas, en los valles y en la quebrada.

Cantó amando su tierra, su vida y sus ganas de vivir. Cantó hasta que todo él flotó en el aire sobre la noche.

Los acordes de su voz vibraban aún, cuando el aire se agitó restallando, golpeteando. Eran aplausos que formaban remolinos, que subían, que bajaban; era ruido que molestaba, que ensordecía, era clamor extraño al lugar, era ruido que asustaba la armonía, que espantaba a la misma noche.

A medida que los aplausos crecían, él quería huir, quería que comprendieran esos extraños que él cantaba porque se sentía bien, cantaba para que su vida tuviera alas y volara tan alto que pudiera tocar el cielo.

Hubo alguien que lo felicitó por su voz, y él quiso decir que la voz no era suya, era del lugar, de la hora, de la noche misma. Y hubo alguno que dijo que debía dejar la zona, dejar la zona y cantar para el público en la gran ciudad.

El entonces se imaginó cantando a cerros que no estaban, a noches de luna lejana. Imaginó su despertar en otros amaneceres, se imaginó borracho de miradas, de voces, de ruido y tuvo miedo, el miedo inmenso de morir pronto, de que su vida acabara.

Una mano puso un libro en las suyas. Un libro autografiado por mano de su autor, con el mensaje de su mente, con los datos para encontrarlo en la gran ciudad. El no pudo cantar más y huyó.

.....

El resto de la noche, con el miedo aún latiendo en sus venas, deambuló para que el aire, la calma y las estrellas incorporaran a su espíritu la tranquilidad de siempre. Se emborrachó de luna, del frío del pequeño invierno de la noche, hasta que pudo dormir en el mismo camino, con el rostro orientado hacia aquella estrella que se apagaba último y nacía primero.

El día volvió, despertando el trino lejano de su mente. Y él sintió nuevamente su vida al ver los cerros pintarrajeándose lentamente unos a los otros. El miedo de la noche estaba lejos, no había sido de él. El ansia de vivir, de estar, de sentir y de amar, vibraba otra vez.

El se incorporó y comenzó a caminar hacia el valle, más allá del cerro rojo, donde pastaban las ovejas desde el día anterior.

El viento de la quebrada agitó su poncho, y un escalofrío le dijo que tal vez tendría hambre mucho antes del mediodía. Entonces lentamente comenzó a chicar, y con la coca volvió el deseo de cantar.

Cantó con el alma a la mañana fresca, a la bruma de algodón que nacía del suelo, al viento que agitaba su poncho.

El viento agitó su poncho, un libro cayó al suelo. La voz creció y creció, se hizo dulce, lloró, golpeó en el cerro azul, se hundió en el cañadón y se dejó ir por el viento hacia el Sur.

El primer día el viento hojeó el libro y tal vez lo leyó. El tercer día lo llevó consigo y después lo olvidó. El quinto día, lo tomó el río y lo llevó hacia el Sur muy al Sur.

La voz creció y creció.

LA CASA DEMOLIDA

Los golpes se sucedieron, secos, agudos, graves, brillantes. Los primeros en percibirlos fueron los pájaros, gorriones de plumaje opaco que tiritaban en los entretechos, en los huecos de las paredes musgosas, que comenzaban a temblar. Las madres volaron asustadas olvidando el sustento para los picos amarillos, famélicos y gritones.

Los pastos que habían crecido libremente durante años fueron descuajados de la tierra dura. Los arbustos híbridos de los techos —avanzada del abandono— se estremecieron entre lluvia de polvo, escombros, martillazos y fueron entremezclados con los conejillos rebeldes y estoicos, nacidos de la nada, enraizados en el aire, crecidos y muertos en el color.

El viento entre las aberturas desnudas, entre las puertas agrietadas, entre las sobras frías y andrajosas... y los golpes: los martillos, los picos, las barretas, las máquinas... y los ruidos: chirridos, estallidos, quebraduras, toses, llamados, exclamaciones.

Las ocho de la mañana, y los ruidos habían ganado ya las habitaciones del frente, los desgarrones en el papel floreado de grandes rosas y las molduras suaves que habían presenciado el amor de las noches. Las tablas del piso fueron levantadas sin piedad entre el lamento de mil astillas que crujían, matando el recuerdo de años de pasos: el caminar preocupado de un padre que esperaba, el renquear despacioso de algún abuelo, el corretear de una mujer atareada.

Viejos retratos de marcos ovalados se perfilaron colgando de clavos enmohecidos, imaginados por las paredes que los habían observado durante mucho tiempo, admirando caras regordetas de niños y mostachos retorcidos de hombres respetables.

Mediodía: la desacostumbrada cocina de leña crepitó de pronto asombrada, quemando con la vieja madera, su vieja herrumbre amontonada. Los muros despertaron olfateando el ya olvidado aroma de la comida, aunque escasa fuera la ración de los obreros. Pero el perfume acabó cuando la cocina fue arrancada y las mesa-

das descuartizadas, entonces las paredes boquearon un último estertor reclamando el humear de grandes platos de sopas, el freír de pasteles y el dulzor de jaleas de frutillas y de higos de la casa.

La siesta fue para la habitación de los niños. Las escondidas voces de los ladrillos rojos gimieron semejando lloriqueos, segundos antes que las orugas de la máquina los abatieran. Cesaron para siempre los gritos, que a veces el aire evocaba, las carreras de pantalones a media pierna, moños en los cabellos, el vaivén de una hamaca que pendía de la higuera.

Las cañerías, arterias dolorosas, fueron también alcanzadas, y gotas de agua de años, de sangre verde, se esparcieron inútiles sobre el polvo.

A la tarde la casa era una montaña muda, sin formas, sólo las máquinas con su ir y venir.

En el patio, los altos pastos ocultaban, todavía intactas, antiguas palabras geométricas en baldosas calladas; y más atrás, en lo que fuera jardín, algunas flores relataban aún historias de regaderas y manos humanas formando ramilletes.

La noche trajo el silencio y los pájaros que buscaron y quizás olvidaron sus nidos.

Con la mañana llegó el viento. Los escombros no lo detuvieron, nada chirrió, ni gimió, ni hubo voces en el aire. Un soplo más frío llegó desde la colina, donde estaban las viejas tumbas.

En la escuela, en primer grado, un niño cuyos padres habían sido nietos una vez, escribió sin saber por qué:

“Estoy triste; la casa vieja murió”.

HACIA LA RETAGUARDIA

Todos los días sobre su yegua subía la cuesta que dibujaban las vías del ferrocarril y desde allí divisaba el pueblo, donde se perfilaban los primeros edificios altos, con cerámicas coloridas, que semejaban grandes tableros de ajedrez.

A un lado del terraplén ferroviario, se extendían los pajonales bravos y aguzados y hacia el otro los restos del viejo basural, que amontonaban chatarra y neumáticos ardidos por la humedad.

No lo sabía, pero sobre su caballo era una incoherencia viviente en aquel paisaje, un resabio criollo traído a la vera de la ciudad medio gringa.

Marchaba lentamente, con los ojos entrecerrados por el resplandor rojizo, que comenzaba a encenderse por el Este y también por el humo, que se alzaba desde un pequeño pucho de cigarro, apretado eternamente en un costado de su boca.

A esa hora el frío cortaba las manos y la cara, pero no duraría mucho, bastaría con que el sol comenzara a ascender.

En esos días de julio, cuando las mañanas escarchaban los charcos y llenaban de bruma el arroyo que humeaba en vapores silenciosos, él enfilaba su yegua zaina al sendero desparejo que dejaba a un costado la máquina de vialidad. Recorría al paso el vado pedregoso del arroyo, por detrás del terraplén, dejaba que los sauces le acariciaran la cara con sus largos lagrimones y entrecerraba los ojos, para no reparar demasiado en la basura amontonada a la orilla verde de algas resbaladizas, que a veces se plateaba con mojarras panzonas.

Repetía el ritual cada mañana, con los labios crispados, para disimular el frío en la cara, apretando el pucho de cigarro a un costado de la boca, y cuando abría los ojos, ya podía percibir los corrales perfilándose y podía oír los mugidos lastimeros de los animales encerrados, que serían subastados a la tarde, al mejor postor.

Cuando llegaba a los corrales recibía quizás un mate amargo hirviente o algún sorbo de ginebra, que producía un escalofrío

antes de calentar y luego marchaba, junto con otros peones, con la cabeza gacha, escondiendo boca y nariz bajo el poncho, evitando el soplo que comenzaba a levantar la helada transformándola en una bruma gélida y pegajosa.

Comenzaba el trabajo, rutina hecha a galope corto y a pechadas con el caballo, que sabía tanto del oficio como ellos, sin espantarse nunca, en una mezcla de insensibilidad y sadismo, cuando alguna vaca mañera y aspuda, a fuerza de negarse a obedecer voces y encerronas, caía en el barro chirle de estiércol.

La tarea ganaba en ritmo a medida que avanzaba la mañana y entraba más hacienda para ser clasificada según su estado de gordura, su calidad o destino.

Luego llegaba el mediodía y los caballos tenían su resuello, mientras los peones se dirigían a las instalaciones donde comerían bien —comida de restaurante— junto con los compradores que generalmente venían de localidades vecinas.

Antes que comenzara a pesar la modorra de la siesta, ya estaba nuevamente sobre el caballo, pues empezaban las ventas y la hacienda debía ser acompañada a la pista y luego nuevamente a los corrales hasta el embarque posterior.

Así transcurría la tarde entre gritos de arreo, silbidos y algún canturreo entre medio. Cuando comenzaba a flaquear la luz del sol invernal, el trajín concluía, entonces esperaba la paga, que generalmente vendría de manos de alguien que no podía diferenciar una vaquillona de un novillo y que le daría unos billetes rotos a cambio de poner su marca pulgar en una planilla con números, pues él no sabía firmar, nunca había aprendido, total era más rápido y más fácil marcar con el dedo entintado.

Luego venía un rato de boliche, un poco de caña, un truco apurado y mal hablado, más que nada para calentarse los huesos, que se enfriaban sin remedio en el regreso a la casa, con la yegua al paso, mirando las estrellas crucificadas del sur.

La noche no podía depararle ya mayores sorpresas, después de desensillar debajo de los acacios, volvería a su casa: dos piezas con alero de rancho, tibias con la calidez pringosa y también algo asfixiante de la leña de eucaliptus. Mateaba algo, comía un poco —quizás sopa y galleta— y luego se echaba sobre la cama a dormir, medio vestido, aterido unas veces, acalorado otras, escuchando de a ratos una pequeña radio a pilas, sintonizada en una emisora uruguaya, que mezclaba noticias gritadas a voces con milongas sureñas, tangos de Gardel y de Julio Sosa.

Así se iba la noche, hasta que los gallos, gorriones y chingolos lo despertaran; era cuando pensaba en aquel hijo suyo muerto muy chico, cuando la escarlatina le escaldara de fiebre. Entonces solía tontear, lagrimeando algo y si se desvelaba mucho, recurría a la ginebra, cuyo porrón opaco le engañaba en cuanto a la cantidad bebida.

Cuando los primeros reflejos le indicaban la hora de levantarse, removía las cenizas del fogón, buscando algunas brasas vivas, prendía el pucho de cigarro y mateaba nuevamente, esta vez dulzón para aclararse la mollera y darse fuerzas para lavarse la cara con el agua helada, bombeada a mano, en el fuentón de hojalata, bajo el alero.

Ya despabilado, calzado con las alpargatas forradas por dentro con papel, para guardar un poco más el calor, que se escapaba cuando las medias lanudas se humedecían, se dirigía bajo los acacios espinosos que cobijaban a la yegua zaina, con su ración de avena y la tina de agua.

Acomodaba bien los bastos bajo el cojinillo, cinchaba con fuerza y mentalmente se daba la voz de montar, preludeo del ritual que comenzaba y seguía en la huella pedregosa dejada a un lado por la máquina de vialidad, con el vado cenagoso del arroyo bajo los sauces llorones, con los corrales de encierre de la feria, la ginebra mañanera, los galopes cortos; con las pechadas, o con los resbalones en el fango puro estiércol.

.....

Puso el pie en el estribo, esos estribos orientales, que su viejo había traído del otro lado del río Yi y le había regalado cuarenta años atrás. Oyó la voz interior, pero no pudo montar, el dolor lo dobló, lo acuchilló allá abajo, donde la barriga empezaba a ser verijas. Lo intentó dos veces más y por fin lo logró, pero cuando comenzó a andar se dio cuenta que nada era igual, el rito se había perdido.

Una vez le habían explicado que cuando alguien debía poner atención en las cosas que el cuerpo sabía hacer por sí solo, algo no andaba bien y él se daba cuenta que estaba respirando, que ladeaba la cintura, que se inclinaba para sortear las ramas de los sauces y debía poner atención pues el dolor volvía cuando respiraba hondo, cuando se inclinaba demasiado, cuando el recado parecía encresparse de púas.

Ese día orinó escasamente, pensó que había tomado poco líquido, pero esa noche entre chuchos de frío, se sintió hinchado y algunas gotas sanguinolentas le dijeron que estaba muy enfermo.

Ya no pudo montar, la vieja de al lado, que curaba el empacho, le aseguró que tenía mal de orina y que con té de ruda todo pasaría pronto, pero dos días después entre el delirio y el dolor, los vecinos debieron sacarlo en andas para llevarlo al hospital, estaba tan hinchado que reventaba —ovó decir.

El hospital apestaba a formol y a cloro, allí sintió cómo lo palpaban y lo sobaban entre órdenes no muy claras.

Algo punzante entró al rojo vivo y entre el dolor agudo y áspero sintió el alivio.

—El sondeo responde, escuchó entre un gorgoteo cristalino.

Cuando el dolor cesó, pudo observar la sala blanca, la hilera de camas, con rostros pálidos y macilentos.

Pensó:

—Los tiempos se están yendo, aquí me moriré.

Pero el médico lo tranquilizó: según le dijo sus 65 años habían estropeado una glándula que comprimía y que la operación sería sencilla.

Siempre le habían inquietado los médicos con su aspecto sabihondo, pero éste le simpatizó. Sería por su barba larga y por su canto correntino.

Había asegurado que no se dejaría “achurar” por nadie, pero ya en el baile y sin escape, se convenció que poco podía hacer. Además era necesario que el dolor desapareciera para poder volver a montar.

La operación fue un largo sopor, sólo alternada con agudos puntazos que pronto se convirtieron en malestar sordo y en una profunda náusea, confundida con largos sueños, en que sentía el galope corto de su yegua zaina encerrando novillos.

Despertó, un botellón goteaba en un largo tubo que se introducía en su brazo. No había dolor, sentía las piernas flojas bajo las sábanas y pesadez de venda en el bajo vientre. Tenía sed pero no le daban agua, la sed se calmaría mientras siguiera el goteo, le explicaron.

Era el primer día después de la operación y tampoco le dieron de comer, la sala estaba vacía y en silencio, sólo algún quejido, sólo alguna tos seca, algún cuchicheo...

Con la noche vino el doctor. Todo estaba bien anunció; la operación había sido un éxito, sólo restaba esperar la cicatrización y el retiro de puntos, dijo sonriente.

—'lodo está bien —se dijo—, pronto volveré al caballo: paso, trote, galope —pensó.

—No más caballos para usted —adivinó el doctor.

—¿O quizás él había pensado en voz alta?

—Se terminó el trabajo a caballo para usted. Con sus 65 años y una operación de próstata debe jubilarse ya.

—No más caballo para mí —pensó.

Recordó a su yegua zaina:

—¿Qué habría sido de ella en esos días bajo el acacio? Sin su ración de avena. ¿Se la habrían robado quizás?

—No, seguramente el gringo de la quinta la había desatado y la había soltado en la avena de las lecheras...

—No más caballo para mí —repitió.

Se vio en los años siguientes, solo en su rancho, ahogándose con el humo de la leña de eucaliptus. Pensó en los porrones de ginebra que debería consumir para perder el desvelo de las noches. Pensó en el basural cercano, creciendo siempre, encerrándolo entre latas oxidadas, acumuladores carcomidos y neumáticos ardidos.

—No más caballo para mí —se dijo— No más paso, trote y galope. Así de simple...

Miró en rededor, la doble fila de camas se perdía en un punto en el horizonte de la sala.

Vio el botellón que colgaba y que goteaba dentro del tubo que se perdía en su brazo.

—Efectivamente, la sed se había calmado y hambre no tenía...

Dio vuelta el rostro, hacia la pared vacía, blanca, casi bruñida...

Pensó en su hijo, allá lejos, ardiendo con la fiebre roja de la escarlatina...

—Viejo, solo y sin caballo —se compadeció.

Y lentamente..., pero decidido, como al paso, pero que precede al trote, empezó a morir.

LA TIA VIEJA

Era diciembre, el mes de las sombras cortas, el mes que unía todos los recuerdos del año. Era diciembre el mes clave, de los grandes misterios, de las grandes revelaciones.

Toda su vida o por lo menos muchos de los acontecimientos que habían delineado su vida, estaban íntimamente ligados con esos días soleados:

Los sueños de Navidad y de Reyes. Los pasos presurosos para alejarse de la escuela, el preludio de las horas de amor, los mediodías con el sol alto en el cielo, el viento en las esquinas que traía los remolinos de tierra de las calles donde aún faltaba el asfalto, Las primeras zambullidas en aguas no muy limpias, las ruedas luminosas de los parques de diversiones, donde se podía dar la vuelta al mundo por unas monedas o se giraba entre los brazos de un "pulpo" con un nudo en el estómago.

Los grandes misterios de las noches tibias. De niño: las Tres Marías y en los relámpagos de las tormentas del sur, una inquietante similitud con las escenas explosivas de las naves interplanetarias de Flash Gordon.

Ya de joven: el Cinturón de Orión y la confusión de aprender algo: un fotón, un año luz, la magia energética de la fotosíntesis, la ciencia y su mensaje para la mente y la búsqueda de un lugar reservado a Dios.

Diciembre de las revelaciones: tratar de encontrar una explicación para la muerte, dos pasos en el espacio, la paz, Viet-Nam, un cuento corto y una vez más el tiempo de unir ideas, de enlazar el pasado con el presente, de traer los recuerdos.

...Y los recuerdos llegaban a medida que sus pasos lo acercaban al norte de la calle vieja, donde se habían formado las antiguas familias y de las cuales sólo quedaban algunos apellidos en actas fundacionales o en algún diario de sesiones de Concejos Deliberantes.

En esa parte norte, una casa lo había visto nacer, con sus muebles que a veces parecían ser de carne con sus paredes que aún

contaban historias y una calle más abajo, otra casa había sido su cuartel de juegos, con el gran patio casi boscoso para correrías fáciles, con el banco de piedra bajo el peral —tibio o ardiente— según la época del año, con sus higueras de brevas tempranas.

Sin entrar aún en la casa podía imaginar lo que sucedía tras esas paredes, podía detallar el lugar que ocupaba cada mueble, cada florero y podía adivinar la expresión de los rostros, viejo cuadro que se pintaba por la costumbre de todos los días.

Tres tías solteras, tenues como el perfume de los ciruelos. Débiles por amores ya olvidados y perdidos para siempre entre fotografías amarillas de tiempo y de encierro en cajas de cartón.

Las tres tías siempre habían sido para él un solo ser, un conjunto de bondad y de seguridad.

—¿Dónde vas tan temprano? Solían preguntarle.

—Voy a lo de las tías a buscar lombrices para pescar.

—¿Dónde te quedarás si salimos esta noche?

—En lo de las tías —respondía— así haré los deberes.

La casa de las tías era también visitada por los Reyes Magos, las tías venían a almorzar... las tías sabían guardar secretos y permitían las lágrimas prohibidas de derramar en la casa paterna.

Ahora el conjunto se rompía, tal vez se separaba por primera vez en la vida. El sabía que la separación duraría poco, pero en realidad costaba años de imaginación y de recuerdos aceptar los hechos.

Había dejado de frecuentarlas cuando a los juegos en el patio grande y a las indigestiones con peras verdes, le sucedieron amigos de la escuela, las charlas que trataban de ser serias, el “Cinzano” en la confitería, el cine por las noches y el sabor quemante de las cosas nuevas.

Las visitas se redujeron a un cumpleaños repentinamente recordado o a un “mandado” hecho a regañadientes.

Fue el alejamiento producido por la falta de experiencias comunes, por la pérdida de las ideas simples y el encuentro con teorías excitantes y abstractas.

El conjunto se rompía: una de ellas, la más tenue, cuyos dedos se confundían a veces con las puntillas de encaje que sabía tejer, se apagaba en su lecho. Un mal antiguo le mordía el pecho después de muchos años y se la llevaba, con su juventud perdida en claustros fríos de iglesias húmedas, con su vejez pobre, llena de ausencias de sobrinos ingratos.

Costaba volver para presenciar su muerte, como quien observa el huir de los granos de un reloj de arena. Costaba pasar entre los viejos muebles sin voz de niño, sin tener sucia la cara con dulce o en las manos un boletín de calificaciones para mostrar.

Sin embargo había regresado, contando baldosas, respirando fuerte, silbando para animarse y sospechando los comentarios y las preguntas más diversas.

—¿Cómo va tu trabajo?

—¿Cuándo será tu casamiento?

—¿Ya compraste los muebles?

El contestaría que sí, agotaría el tema y tendría que recurrir a todas sus artes para no llorar al recordar los días de invierno con cuentos de otras juventudes, con relatos de películas musicales de cuarenta años, con bocados de torrijas de harina de maíz y jugo de naranja.

Y ya se enfrentaba al pasillo que, en años difíciles, había sido cerrado para subdividir la finca y lograr una renta con el alquiler de un local aledaño. Ya estaban frente a él la puerta cancel—cuyo vidrio había reflejado su crecer—, las manchas de humedad y después los rostros...

Las caras que habían perdido el sueño en noches de toses oscuras y de llantos de enfermedad ahogados en la almohada.

—¿Cómo va tu trabajo?

—¿...y tu casamiento, será pronto...?

El percibió el regusto de las torrijas de harina de maíz y zumo de naranja allá atrás, donde la garganta se anudaba en llanto.

Una figura pequeña en una cama demasiado grande, de barrotes de bronce... de pequeña cárcel y los ojos vivos aún en la muerte lenta de la carne, con bondad vieja, de rezos en iglesias frías por la salud de sobrinitos pequeños...

Una voz muy queda susurrando dos veces su nombre y los dedos de encaje de puntillas apretaban sus manos, repetían caricias que el egoísmo del tiempo habían arrebatado.

El en cuclillas, junto a la cama, para no temblar, musitó palabras, rebuscó fórmulas de consuelo que no encontró.

—¿Cuándo volverás? —escuchó.

—Mañana —contestó, sabiendo que mentía, y pudo adivinar una sonrisa de perdón en el rostro sin carne, casi etéreo.

—No te olvides...

—Mañana. —Volvió a mentir.

Después huyó, en busca de apoyo, de seguridad en otros brazos.

El día siguiente estaba lejos, después muy cerca, después... ya había pasado.

—Mañana iré, se mintió a sí mismo.

Los días se sucedieron, diciembre se fue, la llama de vida se apagó, el conjunto se había roto.

Tiempo después le dijeron: tu otra tía está casi ciega.

El apretó los puños con impotencia y sintió el dolor hondo, donde se forjaban los sueños.

La vieja familia se derrumbaba.

AGUAS ABAJO

Desde chico había vivido media cuadra arriba de lo que ahora llamaban avenida costanera.

Siete u ocho metros abajo corría el arroyo de aguas pardas de pradera, raras veces turbulentas.

Lo había visto crecer algunas veces, cubriendo los pajonales, los sauces llorones más bajos e infectando de ratas las manzanas ribereñas.

En una o dos oportunidades lo recordaba desbordado, entonces la correntada era briosa, arrastraba troncos y cubría de lodo las playas y las escalinatas de los balnearios.

Por esas experiencias, no se preocupó demasiado aquella noche del sábado, cuando pudo oír, desde la avenida y entre la bruma de varios días de viento húmedo, el rumor cercano del agua en su cajón barroso.

Sin embargo, el domingo por la mañana, cuando visitó la casa paterna, vio al arroyo como nunca. Remansos plateados se formaban en las esquinas con cunetas profundas. El agua había rebasado con holgura las barrancas, se escurría a gusto por los canteros del parque y surgía a chorros por las bocas de tormenta de las calles que quedaban bajo nivel.

—Esto no me gusta nada —le dijo a su madre quien cuidaba a su padre impedido y malamente enfermo.

—Deberíamos comenzar a subir muebles al piso alto —propuso no muy decidido.

Su madre restó importancia al asunto. Años de contigüidad le habían quitado todo miedo al arroyo.

El entonces se envalentonó e insistió vehementemente, argumentando que debía pensar en su padre postrado.

Así fue como dispuso el traslado de su padre a una pequeña habitación en el altillo, con todos los cuidados que pudo dispensarle. Luego, procedió desordenadamente, a subir ropas de cama y de abrigo, utensillos indispensables, alimentos y las gavetas com-

pletas de roperos y armarios, sin reparar demasiado en lo que había adentro.

—Seguí subiendo cosas —le dijo a su madre—. A la tarde regresaré.

Pero al mediodía el arroyo era una plancha gris plateada que se extendía cuatro o cinco cuadras arriba de cada margen y formaba islotes de edificios.

La casa de sus padres, en ese momento, parecía hundirse en la masa turbia donde ya flotaban botellas y trastos hogareños.

En su propia casa, ubicada en un barrio periférico sin asfalto pero más alto, le dijo a su esposa con preocupación:

—El arroyo subió un metro en una hora, en otra estará a esta altura —y para afirmar lo dicho señaló la pared, por arriba del picaporte de la puerta.

—Debemos irnos y llevar lo elemental, ropas de abrigo y algunos medicamentos —agregó.

Se convencieron mutuamente y comenzó así una actividad febril, capaz de desequilibrar al más templado. Había que elegir sobre la marcha lo indispensable y descartar lo accesorio. Pero pronto comprobaron que esta selección resultaba casi imposible: la casa era chica, los niños pequeños, pero todos eran recuerdos.

Entonces tomaron una decisión; calcularon aproximadamente la altura que podía ganar el agua dentro de las habitaciones, colocaron bloques cerámicos de construcción bajo las camas y procedieron a volcar sobre ellas todo lo posible: ropas, útiles, artefactos y pequeños muebles.

El drama comenzó con los libros, entonces la resolución fue heroica: vaciaron los estantes y arrojaron el contenido sobre los techos de placares y roperos.

Cuando el caos era total, él decidió retornar a la casa de sus padres para observar la situación, pero muy pronto comprobó que pocas calles eran transitables en los barrios bajos, las restantes eran ríos turbios que arrastraban residuos y los más diversos bártulos.

No logró llegar, por lo que regresó con su esposa e hijos y les dijo:

—Llegó la hora de irnos, el agua llegará pronto...

Salieron a cargar el pequeño automóvil, para trasladarse a un departamento, ubicado en un segundo piso, de propiedad de un hermano de ella.

Los vecinos los miraron asombrados.

—No pasará nada —aseguró uno que observaba tranquilamente la plancha gris del agua, estacionada cuatro cuadras al oeste.

—Quizás sea así —respondió él— pero conviene prevenir antes que curar.

Y movido por un arrebató, penetró nuevamente en su casa para armarse con una pistola de bajo calibre, obedeciendo tal vez

a un impulso desencadenado por el recuerdo de imágenes de desmanes y pillajes, ocurridos en desastres tristemente célebres.

El pequeño motor demoró en arrancar, lenticido por tanta humedad atmosférica acumulada en contactos eléctricos, y el vehículo enfiló hacia el este, buscando la zona alta y las calles más seguras, ya que las bocas de tormenta de las esquinas comenzaban ya, lentamente, a inundar las cunetas.

Durante el trayecto, rumbo al edificio que sería su refugio, las escenas terminaron por inquietarlos.

El rodar de los autos por las calles anegadas, provocaba oleaje que penetraba por los zaguanes de las casas y desesperaba a los habitantes, quienes gritaban a los automovilistas para que se detuvieran.

Nadie hacía caso a nada, y ellos pensaron que la solidaridad se resquebrajaba peligrosamente ante situaciones límites.

Mientras tanto las avenidas eran correntadas espumosas, amarronadas de lodo y tachonadas de los más diversos objetos: cajas de cartón, papeles, latas vacías, juguetes descuartizados...

Cuando llegaron al departamento y se ubicaron bastante confortablemente, en un dormitorio que los dueños de casa mantenían desocupado, nuevos temores y preocupaciones afloraron:

Los viejos padres habían quedado solos.

La casa estaba a merced de las aguas que subían y dentro de ella todas las pertenencias.

Había que poner a salvaguarda el pequeño auto...

Después de un rato los temores crecieron tanto, que ya era imposible mantenerse impávido mientras la ciudad parecía sumergirse por el líquido que llegaba por el arroyo sin madre y a través de los campos, que se desaguaban hacia la cuenca del valle.

A media tarde todavía la electricidad funcionaba y las estaciones locales de radio y televisión emitían comunicados cada vez más alarmantes.

Entonces él decidió salir para tratar de llegar una vez más a la casa paterna.

Utilizó el automóvil hasta donde pudo, abandonándolo en una calle de un vecindario más elevado y continuó luego a pie.

Divisó la casa de sus padres sumergida y comprobó que para llegar sólo había dos maneras: a nado o embarcado.

Como ninguna de las dos posibilidades estaban a su alcance, siguió camino hasta su propia casa, aún no alcanzada por las aguas.

Entró: las habitaciones parecían devastadas en la soledad y el desorden de cosas amontonadas, y él contribuyó aún más al seguir desalojando roperos y armarios, en su afán de poner a resguardo más objetos y más recuerdos.

El teléfono útil todavía le permitió tranquilizar a su esposa, asegurándole que regresaría pronto en bicicleta y, mientras traba-

jaba febrilmente, dejó la puerta abierta para vigilar que el agua no llegara a las veredas y de esa manera tener una vía de escape.

Con las sombras del atardecer avanzaron fantasmas de un miedo desconocido, provocado, quizás, por las luces amarillentas de las calles reflejándose siniestramente en la masa tenebrosa que corría con rumores extraños.

Supo que debía abandonar todo.

Tomó la bicicleta y, con ella a su lado, caminó hasta la esquina por la vereda desapareja de su cuadra pobre y oscura.

Ya en la esquina tuvo una sorpresa inquietante, al observar que la calle pavimentada, que pensaba usar para regresar, estaba totalmente anegada, incluso hasta los umbrales de las casas.

Comprobó que había quedado aislado y que para volver lo mínimo que le sucedería sería mojarse.

Avanzó unos pasos más y titubeó, el agua que reflejaba luces lo amedrentaba y el cielo nuboso, con resplandores morados presagiaba más lluvia.

Miró la bicicleta sin resolver, todavía, introducirse en el agua a pie o montado sobre ella.

Pero al imaginar sombríamente cables eléctricos sumergidos o chapas que pudieran herirlo al caminar, se decidió y, casi brusca-mente, comenzó a pedalear por la vereda, comprobando que las ruedas se hundían escasamente veinte centímetros.

La bicicleta producía al rodar, un sonido cristalino y él casi disfrutó impulsando la liviana máquina, con escaso esfuerzo. En cada esquina descendía de ella, para cruzar la calle a pie, entonces debía calcular el cordón de la vereda y sumergirse hasta las rodillas en el líquido color petróleo.

En esos momentos raros escalofríos corrían por su cuerpo al sentir corrientes, ora heladas, ora cálidas que arrastraban filamentos, que podían ser pastos o desechos, que mejor convenía no imaginar.

El problema se presentó, diez cuadras arriba, al enfrentar las avenidas. Allí el torrente era estremecedor, corrientes rápidas se arremolinaban en la oscuridad. Era imposible cruzar: algunas lanchas a motor, que saltaban entre las ondas, disuadían cualquier intención. Así que resolvió alejarse de las calles céntricas y buscar las vías del ferrocarril, cuyo tendido buscaba siempre terreno seguro.

No se equivocó; para contradecir las críticas criollas, los ingleses habían hecho las cosas bien: los puentes indestructibles y las casas confortables que aún eran imitadas.

Los rieles estaban secos. Había agua sí, pero todavía corría disciplinada por las alcantarillas, tan viejas como el pueblo.

Logró cruzar, entonces, por el terraplén del ferrocarril. Tuvo algunas complicaciones posteriores en algunas calles de bajo

nivel, pero pudo llegar al departamento, con el agua a las rodillas pero a salvo.

Ya en la seguridad de aquel piso de alto, rodeado de muebles confortables, con ropas secas y ante un plato caliente, tuvo una oleada de buen humor.

Además, como todos se interesaban en su aventura, se sintió un poco héroe y a la altura de las circunstancias, hasta que el cansancio y el sueño lo vencieron y pudo dormir, mientras que, desde un pequeño receptor y como entre copos de algodón, le llegaban noticias de rutas cortadas y poblaciones aisladas.

Esa noche despertó varias veces, sobresaltado por estremecimientos que traían de un golpe todas las preocupaciones renovadas por el descanso, entonces escuchaba el sonido gorgoteante del agua, que corría por las calles y una angustia opaca le oprimía el pecho y le empapaba el cuerpo de sudor pegajoso.

A la mañana la situación había mejorado y se podía transitar por muchas calles, donde el nivel de agua no superaba los cordones de las veredas.

Sobre el mediodía los varones ganaron la calle y mientras los chicos intentaban juegos en las cunetas, los mayores decidieron visitar un taller de máquinas agrícolas cercano, que contara con algún tractor de ruedas altas, para llegar a los barrios más afectados.

Una hora más tarde se bamboleaban en un vehículo traqueteante, en busca de las zonas más bajas, con el agua hasta los ejes y cierto aire de salvadores, ante la mirada expectante de muchos refugiados que les observaban desde pisos de alto.

El se tranquilizó un tanto cuando pudo comprobar que, salvo en las avenidas, el nivel del agua no superaba los ochenta centímetros.

La llegada al barrio paterno no ofreció mayores inconvenientes y se aprontó para el ingreso a la casa. En primer lugar se despojó de los pantalones, quedándose en malla de baño y zapatillas para evitar posibles cortes.

Abrir la puerta de calle fue bastante fácil, por la simple razón que las fuerzas del agua estaban equilibradas por dentro y por fuera, pero el espectáculo que se presentó a su vista lo sobrecogió.

El estado de la pequeña sala, teatro de tantos años y miles de recuerdos de niño y de joven, le dolieron hasta las lágrimas.

En el agua oscura y nauseabunda nadaban botellas vacías, cacharros de cocina y los muebles más pequeños.

La impotencia lo alcanzó y no pudo seguir mirando, así que ascendió la escalera hacia las habitaciones que ahora albergaban a sus padres.

Su madre conservaba el ánimo o al menos aparentaba conservarlo.

Ella era el bastión y como siempre no quiso apiadarse de ella para no socavar su fortaleza.

Su padre le sonrió desde el lecho, estaba bien arropado y recién afeitado, seguramente recordaba viejas inundaciones, como la del año diecinueve, que muchas veces le había relatado.

Comprobó que tenían comida y agua potable para varios días, les dejó pan fresco y no sin esfuerzo trajo, desde el galpón desbaratado, una garrafa de repuesto, para alimentar indistintamente la estufa y el calentador.

Nuevamente le preguntó a su madre si deseaba que los evacuara, pero ella volvió a negar vehementemente.

No pudo evitar sentirse aliviado. La temperatura había bajado varios grados y la perspectiva de sacar a su padre, mojarlo quizás, no le atraía de ninguna manera.

—El agua bajará en pocas horas más —aseguró él no muy convencido— y yo volveré en cuanto pueda.

Se despidió. Su padre le hizo el mismo gesto de cuando él partía para la escuela, treinta años atrás y percibió cómo las lágrimas le quemaban en los ojos.

Ya en el tractor continuaron recorriendo calles con el ánimo de prestar algún apoyo, pero, en general, la población se mantenía tranquila y bien asistida por camiones y lanchas, al menos en los barrios más céntricos.

Volvieron. El departamento tenía aspecto de fiesta dominguera, a pesar de ser lunes y todos coincidían en que el peligro había pasado.

Comieron bien y hasta durmieron un rato de siesta a la espera que la normalidad volviera.

Era avanzada la tarde, cuando pudieron transitar en una camioneta y visitar parientes para obtener noticias, pero al anochecer el cielo se encapotó nuevamente y comenzó otra vez a llover en forma torrencial.

Una hora más tarde la radio local transmitió noticias inquietantes: aguas arriba, en los campos de la cuenca, las lluvias habían sido de quinientos milímetros y nadie podía asegurar cuánta agua podía significar eso en la ciudad.

Las autoridades municipales no fueron demasiado explícitas en sus partes informativos: se hablaba de zonas sobrevoladas, donde el arroyo traía “mucho agua” y en el ambiente flotaba cierto aire de “sálvese quien pueda”.

A medianoche llegaron las aguas de los campos, fangosas, cargadas de troncos, ramas y pastos y ya no quedaron casas de planta baja sin inundar.

Algunos vecinos que se habían confiado demasiado y que habían regresado a sus hogares, llegaron al departamento mojados hasta la cintura, portando bultos de ropas y encharcando escaleras y alfombras.

Cuando el cielo estaba más opaco y la lluvia arreciaba, se produjo un corte de energía y, con el apagón total, la ciudad pareció hundirse sin remedio.

El miedo general llegó, por el ventanal alto, y entre la penumbra, pudieron divisar cómo el nivel del agua alcanzaba el picaporte de la puerta de la casa de enfrente y cómo la camioneta, encadenada a una columna de alumbrado, mostraba sólo el techo entre la corriente.

Los rostros se apagaron tanto como los ánimos y las horas se hicieron lentas. Los niños dormían, después de una jornada inusual, y los mayores, quizás para evadirse del infortunio, los acompañaron en los lechos improvisados con colchones sobre el piso.

El sentía su pulso en las sienas demasiado acelerado para dormir, no obstante lo hizo, cuando el cuerpo cálido de su esposa a su lado, le brindó la seguridad de años.

Varias veces se despertó con el gorgoteo implacable del torrente en las calles y también por el ruido de la lluvia que no cedía. Entonces el miedo verdadero lo llevó a preguntarse varias veces en voz alta "si ése sería el fin", ya que no lograba imaginar hasta dónde era el aislamiento de la ciudad y si quedaban realmente formas de escape.

Con las primeras luces del alba todos se levantaron y se acercaron a la ventana con el corazón golpeándoles en el pecho...

La visión los apabulló: el nivel de agua llegaba ahora a los dinteles de las puertas de calle.

El pensó:

—Todas las plantas bajas de la ciudad están perdidas...

E imaginó que sus padres, en un primer piso, pero a pocos metros del arroyo habían perecido ya.

Una pesada angustia lo invadió.

—Debemos comenzar a buscar refugio en el techo —opinó casi a gritos movilizad por el miedo—. Debemos resguardar un lugar con ropas secas y mantas, para cuando debamos abandonar este piso.

Su cuñado aseguró que había un lugar en el techo, resguardado, con alero de cemento, fácil de proteger con lonas; sin embargo, estaba convencido que nada de eso sería necesario, pues el agua nunca llegaría al departamento.

Ambos estaban junto al ventanal, discutiendo tal posibilidad cuando lo vieron: era un gran perro ovejero alemán, mojado y aterido, apoyado en el antepecho de una ventana alta.

Nadie sabía cómo había llegado nadando a ese lugar, y ahora luchaba contra el sueño que si le ganaba provocaría su caída.

Cada vez que el cuerpo del perro comenzaba a relajarse por el cansancio, las patas resbalaban en el revoque fino y mojado.

Entonces el instinto de conservación lo despertaba y lograba reaccionar a tiempo.

El mismo ciclo se repitió varias veces: sueño y reacción, relajación y acción, hasta que en un momento ya no tuvo reflejos precisos, el cuerpo cayó y ya no hubo remedio. El chapoteo no alcanzó a sostenerlo y el perro fue arrastrado, primero al centro de la calle y luego aguas abajo, hacia la avenida transformada en un río turbulento, de sesenta metros de ancho, donde el agua llegaba a la altura de los semáforos.

La visión de la trágica suerte perruna obró como factor desencadenante, y su cuñado que, hasta ese momento se había mostrado muy seguro, resolvió inspeccionar, en el techo, el lugar que sería destinado como último refugio.

El miedo se contagió a todos los mayores, pero no así a los chicos que estaban excitados por tanta novedad.

Dos adolescentes paladeaban la aventura y él trató de influenciarlos para que tomaran conciencia, intentando demostrarles lo mal que podía resultar todo e indicándoles que, en situaciones límites, debían ser tomadas resoluciones extremas, tales como el racionamiento de alimentos y de agua.

Los chicos primero rieron ante tanto pesimismo, pero luego, para ponerse a la altura de las circunstancias, salieron a realizar un reconocimiento por los techos con el ánimo de ayudar.

No había transcurrido demasiado tiempo cuando regresaron eufóricos y cargados con gallinas y pollos que habían perecido ahogados y que ellos habían pescado en gallineros aledaños.

La batahola fue tremenda, ya que los mayores condenaron a viva voz el hecho, hasta que se rindieron ante la evidencia y la lógica de hierro de los niños: ellos no habían hecho nada malo, sólo tomarlos, además, al cabo de algunas horas se descompondrían irremediablemente, sin que nadie los aprovechara.

Pero al rato la cosa escaló en gravedad, los muchachos habían encontrado abierta una puerta del fondo de un kiosco y esta vez regresaron empapados y provistos esta vez de galletitas y barras de chocolate, que no estaban húmedas todavía.

Los mayores se miraron anonadados sin saber cómo reaccionar. Algunos pensaron que estaban convalidando un delito de pillaje, castigado con pena de muerte en el lugar del hecho, durante algunas tragedias conocidas.

Otros directamente nada dijeron, preocupados como estaban, pensando en el agua potable que se acababa en el depósito del edificio y en los bienes perdidos en sus hogares.

Pronto el incidente fue olvidado por los grandes y los chicos, al no saber cuál era la pena que los castigaría, comenzaron a comer las golosinas, con la consiguiente desaparición de la prueba del delito.

Después del almuerzo, las horas comenzaron a arrastrarse penosamente y el rumor del agua de la calle, cuyo nivel no aumentaba, pero tampoco cedía un milímetro, trajo una modorra gris y nostálgica. Los niños se durmieron sentados, los hombres y mujeres se malhumoraron y hubo lágrimas mezcla de miedo e impotencia.

La oscuridad de la noche llegó pronto, el agua no bajaba un palmo y las sombras se alargaron entrecortadas, por la escasa luz de unas pocas velas economizadas al máximo.

Entonces, entre aquella penumbra trágica, vieron pasar flotando los primeros muertos: dos hombres con mochilas en las espaldas, quienes seguramente habían intentado superar algún caudal demasiado profundo.

Ninguno de los mayores logró conciliar el sueño, después de la macabra visión, y él tuvo, por segunda vez, la oscura sensación que sería difícil sobrevivir.

Otro amanecer brumoso llegó y los encontró nuevamente a todos observando por el ventanal la corriente barrosa con espuma amarillenta.

Alguien creyó ver que el nivel de agua había descendido algunos centímetros, si se tomaba como referencia el dintel de una puerta, pero nadie se entusiasmó demasiado.

A las nueve de la mañana un tableteo extraño los sorprendió desde lo alto y salieron al balcón esperanzados, sin saber por qué.

Otearon el cielo con angustia, mientras el sonido entrecortado aumentaba, hasta que al cabo de unos minutos lo divisaron: una forma de ave o pez regordete se abría paso entre las nubes color plomo.

Un helicóptero militar, resaca de algún arsenal, castañeteaba muy alto por sobre la ciudad. Los ojos se iluminaron, pues eso indicaba que en algún lugar quedaba suelo seco, y él comenzó a hacer señales alocadas con dos almohadones de color vivo.

El ánimo de todos cambió a partir de ese momento y ese mediodía comieron con verdadero apetito un puchero exquisito de gallinas ahogadas, aderezadas con especias italianas y rociadas con buen tinto de botellas flotantes.

A la tarde la bajante del agua era evidente. Se trataba de unos cuantos centímetros pero todos se sintieron salvados.

Fue en ese momento cuando, inexplicablemente, surgieron los lamentos por los bienes materiales perdidos.

Salvada la vida, empezaban las mezquindades.

—Me quedé sin ropas —decía una vecina, quien con esfuerzo quería mantener el maquillaje en su rostro demacrado.

—Será difícil poner en marcha el motor del auto, luego de estar sumergido casi una semana —cavilaba en voz alta alguien preocupado por la mecánica.

—Creo que mi cámara fotográfica no servirá más —agregaba otro...

Esa tarde los varones intentaron una salida, y con el agua a la cintura trataron de llegar a la esquina.

Fracasaron, el líquido estaba helado y no soportaron el primer contacto.

Algunas horas después, volvieron con mayor brío y lo lograron, entonces fue cuando tuvieron una gran sorpresa.

La calle sobre la cual estaba el departamento seguía siendo un río, pero tres cuadras, en dirección hacia el paso a nivel del ferrocarril, la calzada estaba seca.

La comprobación los llenó de estupor, habían tenido tres días y tres noches de terror, cuando a pocas cuadras, las calles habían tenido sólo centímetros de agua.

Inmediatamente él experimentó nuevamente la necesidad de contactar con sus padres.

Así fue que, a pesar de las recomendaciones, resolvió llegar a las cercanías de la estación de ferrocarril, lugar de concentración de los grupos de salvataje.

No fue demasiado difícil lograrlo, para ello se valió de una bolsa de polietileno para llevar ropa seca, con la cual se cambió una vez alejado de la correntada que lo mojó hasta la cintura.

El sentido del viento había girado y con el aire muy frío, las nubes bajas se abrieron permitiendo ver —después de muchos días— algunos pálidos rayos de sol.

El frío del agua parecía haberle llegado a los huesos y fue imposible entrar en calor, mientras mantuvo los pies mojados.

Cuando estuvo parado en lugar seco, pudo calzarse y nuevamente transitar las calles, sintió una extraña sensación de libertad que le puso alas en los pies, transmitiéndole un cosquilleo que le hizo correr, saltando cunetas y chapoteando en los charcos.

De tanto en tanto un canal profundo le detenía y entonces debía descalzarse y atravesar las corrientes heladas, que arrastraban sedimentos de pavimento roto y peligrosos restos cortantes.

La llegada a la zona de la terminal, centro de operaciones de los grupos de ayuda, le mostró tal actividad que sintió vergüenza de haber tenido miedo, dos días atrás, cuando había creído que estaban solos en la ciudad inundada.

Lo que más lo impresionó fue el ir y venir de volquetes, poderosos cargadores autopropulsados que habían bajado de las canteras serranas, y se habían convertido en héroes de los rescates.

El cuadro se completaba con efectivos militares, que portaban gruesas armas, tambores de combustibles, policías y civiles que se quejaban o preguntaban desahogados por familiares de distintos barrios.

El se sumó al grupo de los que pedían información, pero luego de varios intentos frustrados, se dirigió directamente al conductor de uno de los volquetes:

—Necesito llegar a una casa ubicada a media cuadra del arroyo —le gritó al de la cabina, por encima del traqueteo del poderoso motor diesel.

—Imposible —le respondió el conductor—. Tengo prohibido llevar civiles a las zonas peligrosas.

El insistió, tratando de explicar que su madre no saldría de la casa, si no lo veía a él.

El conductor de ninguna manera accedió pero conmovido —quizás por el planteo— agregó:

—Deme la dirección que yo la convenceré.

El le gritó los datos y con la angustia de la impotencia en la boca, trató de darle mayor convicción al mensaje:

—Dígale mi nombre. Dígale que tengo una cicatriz en forma de ojal en la cabeza, así quizás vaya con usted...

El hombre, desde la cabina, asintió con un gesto y el pesado transporte arrancó tomando cualquier calle, sin respetar sentidos de tránsito, hasta internarse en las aguas revueltas con sus ruedas monstruosas.

El lo vio alejarse, hasta que le fue imposible distinguir la mole que zigzagueaba aplastando vehículos semihundidos y árboles tronchados, mientras pensaba que el cuadro real superaba el marco de toda película o relato de catástrofes que recordara.

En vano trató de imaginar a sus padres, abandonando la casa por la ventana de alto.

—No lo lograrán —pensó— y mil agujas de miedo se clavaron en su estómago.

Una hora después se dedicó a recorrer los centros donde posiblemente serían evacuados sus padres.

Para ello usó nuevamente la bicicleta y se calzó botas de goma, pero al cabo de un rato estaba mojado hasta el pecho.

Las ruedas de tanto en tanto se trababan en el barro y él debía saltar de ella y hundirse en la incógnita peligrosa del agua.

Así anduvo, visitando clubes, sociedades de fomento, asilos y todo centro asistencial que cobijaba refugiados, pero fue inútil, sus padres no habían sido llevados a esos lugares, donde pobres y ricos compartían trozos de pan y sopa aguada.

—La desgracia hermana a todos —pensó deprimido.

Cuando por fin las aguas retornaron a la madre fangosa del arroyo, la ciudad parecía bombardeada.

Una gruesa capa de lodo pringoso y maloliente cubría las calles y se pegaba en los zapatos al caminar. No existían lugares que hubiesen quedado sin la mácula del agua y del barro.

Muchas casas con puertas y ventanas descuajadas, mostraban a través de sus aberturas oscuras, los estragos de su interior:

muebles destrozados, ropas, útiles y libros entremezclados y revolcados en lo que parecía un carnaval de horror.

Con temblor en las piernas y la opresión en el pecho, deambuló casi sin encontrar el rumbo tantas veces transitado hacia la casa paterna, en el barrio viejo.

Las avenidas eran verdaderas arterias por donde había fluido la catástrofe. Todo tenía el mismo color amarronado triste del fango depositado, mientras que pozos negros y cloacas habían reventado, impregnando el ambiente de un hedor pesado y maduro que no diferenciaba las propiedades opulentas de las viviendas precarias.

Personal municipal alentaba a los propietarios a sacar a las calles todos los despojos o las pertenencias que fueran irrecuperables, mientras palas mecánicas formaban grandes montículos en las esquinas, para ser recogidos luego por camiones.

En tanto las casas de familias eran limpiadas lentamente, los comercios y almacenes mostraban sus mercaderías y productos en masas informes donde se confundían envases, colores y olores.

Algunos vendedores trataban de salvar envases herméticos y hasta vio fruteros que intentaban lavar la mercancía con el agua de las cunetas irremediabilmente contaminada.

Con gran congoja hilvanó pensamientos no muy precisos. Su pobre casa podría recuperarse. El nivel del agua, dentro de las habitaciones, no había sobrepasado el metro de altura, además no había perdido gran cosa, los muebles eran viejos y las ropas y los libros sobre las camas elevadas no habían sido alcanzados. Pero la ciudad sí le preocupaba, pues se respiraba un agobiante olor a muerte que parecía manar de todos los rincones.

—Difícilmente la ciudad volverá a ser la misma —pensó, imaginando lo que podría haber sido el lóbrego ambiente de la peste medieval.

Observar la vieja calle de su niñez lo llenó de dolor. Allí también todo estaba mancillado.

Los pobladores, que lentamente regresaban a sus hogares, tenían actitudes por demás dispares. Algunos se desesperaban hasta el llanto al contemplar los destrozos y la suciedad; otros se encolerizaban alzando los puños ante tamaña adversidad y muchos vagaban en silencio aquejados por una depresión rayana en la indolencia; parecían querer evitar todo diálogo que les hiciera recordar sus penurias, como si una suerte de vejación colectiva les abrumara.

Se detuvo frente a la casa paterna, atenaceado por el terror. Era como estar parado en el propio lecho del río desaguado. En realidad, el arroyo mismo había corrido por allí, lo ratificaba el olor, los peces muertos en las cunetas, las algas y lamas en los dinteles y molduras...

La vereda estaba hundida por el paso de ruedas gigantescas...

—El volquete estuvo aquí —pensó— imaginando a sus padres muertos...

La puerta estaba cerrada y la madera hinchada. Tenía una llave y la introdujo en la cerradura, pero ésta no giró, trabada por el barro ácido que todo lo enmohecía rápidamente.

Buscó a su alrededor algún objeto contundente, para romper la puerta, pero no lo encontró. Entonces arremetió con el hombro sobre ella.

Golpeó dos veces y comprobó cómo la puerta estaba sin llave y cedía.

Fue cuando escuchó la voz, tantas veces reconocida de su madre:

— ¡Empuje! ¡Empuje!

No lo podía creer. El agua había llegado hasta el cielo raso. Nada quedaba en pie. Todo estaba destrozado, volcado y embarrado, pero ella estaba allí, parada en medio de la sala, casi refulgiendo entre el limo del arroyo que había pasado por todos los ambientes de la casa.

—Nos vinieron a buscar en un volcador que llegaba hasta el techo —dijo su madre. El hombre me dijo que era tu amigo y que le tuviera confianza, pero yo me negué —agregó—. Papá estaba bien abrigado en la cama y afuera hacía tanto frío...

El subió a los saltos la escalera. Su padre estaba en la cama, semi-incorporado por varias almohadas en la espalda. Se le veía muy confortable, limpio y recién afeitado.

Como sucedía en los últimos tiempos no habló, pero le hizo un gesto amistoso desde el lecho, como cuando él era chico y partía a la escuela...

Miró a su alrededor. El agua no había llegado al piso superior por escasos centímetros, y observó cómo su madre sacaba, del cansancio de su rostro insomne, una sonrisa.

El no podía dejar de pensar en el terror de las noches oscuras recientes y en el arroyo de su niñez, bramando alrededor de sus viejos, acurrucados y abrazados en una cama demasiado chica...

...El arroyo los había circundado, pero los había respetado como en una isla...

Se abrazó a su madre y lloró largamente como no recordaba haberlo hecho desde que era niño.

Ahora estaba seguro que la ciudad se recuperaría y seguiría siendo la misma.



INDICE

| | |
|------------------------------------|----|
| Prólogo | 7 |
| Entre copas y sombras | 13 |
| Todavía el verano | 27 |
| Sólo un paso al costado | 37 |
| Los pasos | 43 |
| El cazador de pájaros | 47 |
| Memoria de campo y de sol | 53 |
| El susurro de la muchedumbre | 57 |
| Las aguas quietas | 65 |
| La voz de la canción | 69 |
| La casa demolida | 73 |
| Hacia la retaguardia | 75 |
| La tía vieja | 81 |
| Aguas abajo | 85 |

